



LA  
MISIÓN  
DE  
BULLSI

Alfonso San Eugenio

# **ALFONSO SAN EUGENIO**

*La misión de Bullsi*

*AMAZON*

# Sinopsis

*¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para conseguir tu sueño? Bullsi, un joven campesino que aspira a ser un gran aventurero legendario, sale de su pequeño pueblo natal para buscar aventuras que lo conviertan en una leyenda.*

*Con tan solo sus ropas y una vieja espada, se lanza a recorrer el fantástico y mágico continente de Másalon. Tras varios años de pequeñas aventuras sin importancia, su camino le lleva hasta el poblado de Nueva Bolea. Una pequeña aldea que lo contratará para que les salve de un peligro que les atormenta desde hace tiempo. Deseoso de añadir una hazaña más a su experiencia, acepta la misión sin dudarlo.*

*A medida que Bullsi va descubriendo más detalles sobre lo que sucede entre la aldea y el peligro que les acecha, se dará cuenta de que convertirse en un héroe no es tan fácil como pensaba. El joven aventurero, tendrá que tomar decisiones cruciales que le harán replantearse hasta dónde está dispuesto a llegar, para conseguir la fama y gloria que durante tanto tiempo ha deseado.*

Autor: San Eugenio, Alfonso

©2014, AMAZON

ISBN: 9788461722181

Generado con: QualityEbook v0.75

# I

SE respiraba un aire fresco esa mañana a pesar de que el sol brillaba radiante. Era temprano y Bullsí se había levantado para hacer una sola cosa: cumplir con su misión.

Apartó la gruesa tela que hacía de puerta de su tienda y salió afuera. El poblado estaba despierto y vivo de manera apabullante. Aquella aldea estaba organizada por varias hileras de pequeñas tiendas para que vivieran entre dos y cuatro personas. Solamente se había construido una casa de madera, el refugio del poblado, que se usaba exclusivamente para los viajeros y mercaderes que pasaban por allí y hacían un alto en su camino. Desde hace un tiempo, se habían comenzado a levantar unos cuantos refugios más, el poblado estaba creciendo cada día y en un futuro no muy lejano, la gente dejaría sus habituales alojamientos para vivir en las construcciones de madera.

La tienda en la que había dormido Bullsí se había levantado varias horas antes, se la había proporcionado el poblado para que descansara y cogiera fuerzas. Había llegado allí el día anterior.

«Sí, hoy va a ser un gran día». Se dijo Bullsí mientras observaba a sus vecinos.

Desde allí podía ver a los curtidores en plena faena. Un poco más al fondo había un par de ovejeros esquilando a sus ovejas. Los ganaderos daban de comer a los cerdos y una partida de cazadores se preparaba para ir al bosque y recoger las trampas de animales. Unas dos tiendas a la izquierda de la suya estaban los más jóvenes de la aldea. Una madre amamantaba a su pequeño mientras por todos lados había niños un poco más mayores corriendo de un lado a otro.

El golpe de metal contra metal le llamó la atención. Hacia su derecha estaba Yunke el herrero, así es como llamaban a aquel hombre de manera amistosa.

«Tenían hasta un herrero». Pensó Bullsí. Aquella gente dependía mucho de la habilidad de Yunke. Él se encargaba de hacer puntas de flecha, cuidar de las herraduras de los caballos, la fabricación de utensilios caseros, herramientas y piezas de metal como las poleas de los pozos. El joven le miró con cierta admiración. En ese sitio ese hombre estaba considerado como alguien muy importante, sin él sería complicado sobrevivir porque no tendrían a nadie que les arreglara las herramientas cuando estas se rompieran.

El poblado no tenía una extensa agricultura ni ganadería. Todo lo que cultivaban era para consumo propio, los pocos excedentes que podrían tener los guardaban para malos tiempos. En las pocas horas que llevaba allí, Bullsí se había dado cuenta de que era un lugar muy próspero que iba creciendo cada día. Ahora era una pequeña aldea pero en un futuro podría llegar a ser una gran

ciudad y él estaba allí para protegerles y salvarles. Él iba a conseguir que esas personas dejaran de temer por su vida y pudieran vivir en paz. Él era el héroe que habían estado buscando y estaba decidido a cumplir las expectativas puestas en él. Iba a cumplir con su misión.

Bullsi ya estaba oyendo los vítores de todos ellos, la fiesta en su honor y las canciones contando su hazaña.

«Definitivamente, iba a ser un gran día». El joven aventurero se terminó de abrochar la chaqueta y fue a buscar al Venerable Anciano del pueblo.

Bullsi admiraba y envidiaba al anciano. Por lo poco que le contó, aquel poblado era muy joven. Se habían instalado allí hacía una generación y aquel hombre de edad avanzada fue uno de los primeros pobladores, como le habían llegado a llamar en las historias del poblado. Nombraron a su hogar Nueva Bolea.

«¡Jodido anciano!, aún no se había muerto y ya era toda una leyenda.» Era lo que más le había impresionado a Bullsi, porque él también quería convertirse en una leyenda. Deseaba ser reconocido en cuanto la gente lo viera y que su nombre le hiciera recordar a todo el mundo algunas de sus aventuras. Quería que la gente le llegara a recordar como el Gran Bullsi o el Valiente Bullsi o quizá el Imparable Bullsi, aún no lo tenía decidido del todo, seguramente eso lo dejaría en manos de los bardos a la hora de componer las canciones de sus aventuras, a ellos se les daba mejor todo aquello.

Él tenía ambiciones más altas, pero daría un brazo por ser tan idolatrado en un pueblo como este al igual que lo era el viejo anciano. Bueno, estaba seguro que después de terminar con su misión, a pesar de ser tan fácil, aquella gente quedaría muy agradecida. Era un objetivo muy sencillo desde el punto de vista de Bullsi pero para aquella gente no lo era. No habían podido solucionarlo por sí solos y necesitaban la ayuda de un héroe. Y ese héroe iba a ser Bullsi. Poco a poco iría consiguiendo misiones cada vez más importantes y llegaría a ser conocido en todo el continente. Por eso se lanzó a recorrer mundo hará unos cuatro inviernos. De donde provenía no usaban el calendario común que se utilizaba en la mayoría de los reinos del continente, ellos contaban el tiempo en función de los inviernos.

Bullsi había nacido en un pequeño poblado como aquel, incluso un poco más pequeño, ya que su aldea no tenía ni nombre, decían que no había suficiente gente para que se fundara como pueblo. Según el calendario común, el joven aventurero tendría como unos 25 años actualmente. Desde pequeño le habían fascinado las historias que llegaban a su aldea sobre héroes y grandes batallas sucedidas en las fronteras del reino. Cuando llegaba alguna compañía de teatro, siempre se veía todas las representaciones y escuchaba las canciones de los bardos. Se enamoró de aquellas historias y quiso convertirse en el protagonista de ellas. Le pidió a un viejo soldado retirado, que se había ido a vivir a su poblado, que le enseñara a manejar la espada. Cuando Bullsi decidió que estaba preparado, metió sus pocas pertenencias en una mochila, compró una vieja espada a un buhonero y se marchó de allí para crearse un nombre en la historia del continente de Másalon.

Este joven alto, de constitución delgada pero fuerte y fibrosa ya había recorrido la mitad de su vida, puede que más debido al trabajo que desempeñaba. En ese tiempo se había enfrentado a la muerte en numerosas ocasiones y siempre había sido el vencedor.

Por supuesto que había salido victorioso, sino no estaría vivo. Victorioso pero no ileso. Su fuerte cuerpo contaba con varias cicatrices llenas de historias y grandes batallas. Todas ellas

exageradas y dramatizadas, pero como solía decirse a sí mismo: «Todo el mundo lo hace —era lo que pensaba cada vez que la conciencia le empezaba a picar en la nuca—. Hasta el anciano de este pueblo seguro que también lo hace. Nadie quiere oír exactamente la verdad, quieren escuchar grandes batallas con grandes sacrificios hechos en pos de la justicia, la verdad y el amor. Si contara todo exactamente como pasa, la gente se aburriría.» Después de decirse esto, normalmente la punzada solía desaparecer. Su batalla mental no duraba mucho, llegaba a la conclusión de que eran pequeños detalles para hacer la historia más emocionante.

Bullsi apenas sabía leer y no sabía escribir, pero se le daba muy bien hablar y contar historias. Casi usaba mejor la lengua que la espada, decían algunos que le conocían. Eso le molestaba al joven aventurero porque no quería que le recordaran como un bardo, sino como un héroe. Pero hasta que un bardo quisiera contar sus historias, él mismo tenía que encargarse de ir relatándolas a cualquier público que estuviera dispuesto a escucharlas.

De hecho, así fue como consiguió ese trabajo en aquella aldea. Él se encontraba en una de las tabernas de la ciudad estado llamada Turis, a unos pocos kilómetros de Nueva Bolea. Allí estaba él, en medio de la muchedumbre del salón, relatando su última aventura. Daba grandes aspavientos con los brazos y miraba a todo el mundo que había a su alrededor a la vez que narraba cómo había conseguido, él solo, eliminar a una banda de goblins que estaban asolando a una de las granjas que se encontraban al norte.

La estaba “dramatizando”, como él diría, ya que hablaba de un grupo de unos 8 o 10 seres. Decía que a veces era imposible llevar bien la cuenta porque había matado a tantos en su vida que podría estar días dedicándose a enumerar los monstruos que había vencido.

Pero en realidad aquella banda de goblins estaba formada por dos de estas criaturas. Ellos habían tenido que huir de su anterior clan porque sus antiguos compañeros habían intentado comérselos. Su clan tuvo una pelea contra otra banda de goblins y aquellos dos acabaron bastante malheridos. Uno resultó cojo y el otro sin una mano y tuerto. Sus compañeros pensaron que para lo único que podían servir era de alimento. Después de escapar de milagro llegaron a las tierras del norte y se convirtieron en saqueadores.

Bullsi estaba en las cercanías y se enteró de que había ladrones en las granjas de la zona y él se ofreció. En pocas horas el problema se había solucionado. No fueron unos contrincantes muy complicados, debido al estado tan lamentable que tenían, pero el joven aventurero añadió ciertos detalles más interesantes.

Contaba con todo detalle cómo aquellos monstruos habían caído en las trampas que él había colocado estratégicamente por el bosque en el que se escondían. Luego, una vez que acabó con su moral, tuvo un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con el jefe de los goblins. Fue una batalla alucinante: era una criatura que les sacaba un cuerpo a todos sus compañeros. La lucha fue dura, los goblins suelen ser idiotas pero pelean con gran ferocidad y brutalidad, no podía darle ni una sola oportunidad o podría haber muerto a manos de aquel monstruo. Tras una lucha encarnizada, acabó partiéndolo por la mitad de una estocada. Cuando acabó con el jefe, los pocos supervivientes de la banda no sabían qué hacer y huyeron al interior del bosque.

—Si cortas la cabeza pensante, el resto del cuerpo no sabrá que hacer. Los soldados obedecen, no piensan, si no tienen a nadie que les dé órdenes no se atreverán a continuar. —Era una estrategia habitual en sus batallas, lo había oído en un montón de historias como algo básico cuando luchas contra un grupo muy numeroso, pero él nunca había tenido ocasión de aplicarlo en

sus aventuras. Nunca se había enfrentado a más de dos enemigos a la vez—. Durante su huida —continuó Bullsi—, escuché algunos gritos de dolor. Seguramente habrían caído en más trampas. Mejor, así se marcharon más convencidos de que no les convenía volver. —Concluyó mientras ponía una pose triunfal.

Bullsi sabía cómo darles el toque adecuado para que aquellas historias resultaran creíbles. Probablemente sería a causa de esa lucha interior que tenía sobre si contar la realidad exacta o desvirtuar un poco las historias. Él tenía muchas ganas de tener una gran historia que fuera grandiosa en su totalidad para contarla.

«Pero hasta que ese momento llegue —se decía—, solo cuento pequeñas mentiras piadosas que no hacen daño a nadie y le dan un toque más interesante a la aventura».

¿Quizá en aquel poblado? Pasó por su mente cuando se le acercó aquel joven de unos quince años. Le dijo a Bullsi que necesitaban ayuda desesperada en su aldea. Buscaban a un héroe de verdad porque estaban viviendo una pesadilla y que por lo que él había oído de su historia sobre los goblins estaba convencido de que era la persona adecuada.

Uno de los defectos de Bullsi era que tenía tantas ganas y ansias de conseguir fama y gloria, que en cuanto alguien le endulzaba los oídos con alabanzas y halagos, aceptaba inmediatamente el trabajo y luego preguntaba de qué se trataba y cuánto le iban a pagar.

Debido a esto se había llevado varias sorpresas en su vida. En una ocasión acabó trabajando en una pocilga porque una dulce dama le dijo que necesitaba ayuda urgente para un problema que no podía resolver su padre, ya que el hombre estaba débil y enfermo. Aceptó sin preguntar ensimismado en los ojos verdes y en la promesa de que recibiría el pago en especias. Cuando llegó allí, resultó que necesitaba ayuda para degollar a los cerdos porque era la época de matanza y la recompensa en especias fueron unas pocas longanizas y chorizos que le dieron al joven héroe por las molestias.

Muchas veces se decía que no tenía que seguir haciéndolo así. Cuando recuerda esta historia, él mismo se excusa diciéndose que realmente fue hechizado por aquella mujer. Tenía un poder muy fuerte que le atraía. Debía ser una bruja poderosa porque acabó resistiéndose a sus historias cuando intentó embaucarla para obtener la recompensa en especias de otro tipo.

A pesar de reprocharse a sí mismo que no debería dejarse llevar tanto por la emoción, si alguien le pedía ayuda, él seguía siendo igual de impulsivo. Aquellas ganas de hacerse un héroe y querer complacer a todo el mundo podían con la razón. Con aquel chico de quince años sucedió lo mismo de siempre. Aceptó el trabajo antes de preguntar de qué se trataba y hasta que no llevaba ya un día de viaje no se dio cuenta de aquel detalle.

Se dijo a sí mismo que no había tenido tiempo. El joven no hacía más que preguntarle sobre todas sus aventuras y a Bullsi le gustaba satisfacer la curiosidad y la expectación de su público. Así que se pasó todo el viaje contando sus historias.

Fue al ver el poblado a los lejos cuando Bullsi quiso preguntarle cuál era la misión. El muchacho, sonriente e ilusionado por haberle encontrado, le contestó escuetamente.

—El Venerable Anciano os lo contará todo.

El joven aventurero estaba bastante cansado. Habían cabalgado un día y medio desde la ciudad de Turis, el tiempo les había acompañado y el viaje fue agradable. Bullsi había contado tantas historias y aventuras suyas que le dolía la mandíbula y tenía una sed tremenda. El joven de la aldea le dijo que le llevaría directamente con el anciano para que le hablara de la misión.

Bullsi no puso ninguna objeción, le pudo más la curiosidad que el cansancio.

Desde lejos aquel lugar le recordó un poco a su aldea por el tipo de tiendas y que no existía ninguna muralla, al igual que en su poblado natal. Pero a medida que se acercaban notaba que estaba muy lleno de vida y movimiento. Muy diferente de la pequeña aldea de agricultores en la que se había criado.

La gente le miró con curiosidad. Aunque allí solían tener contacto con mercaderes y viajeros, estaban demasiado acostumbrados a su pequeña comunidad y notaban al momento la presencia de forasteros.

El joven aldeano les dirigió hasta una tienda que se encontraba muy cerca del centro del poblado. Tenía el doble o triple de tamaño respecto a las demás. Ondeando en lo alto, había una especie de bandera oscura. Llegaron allí, se bajaron del caballo y el joven le dijo que esperase un momento mientras le anunciaba al anciano. Se metió en la tienda y salió a los pocos segundos invitándole a entrar.

El viejo anciano era en efecto alguien con muchos años de edad. Bullsi supuso que unos 60 más o menos, no se le daba muy bien calcularlo. Era muy poco común ver a gente tan mayor en este mundo plagado de toda clase de peligros de la naturaleza, como los monstruos y enfermedades. Desde el primer momento que Bullsi vio al anciano le dio una sensación de respeto y de miedo a la vez.

—Venerable Anciano, he encontrado a la persona perfecta para ayudarnos. —Dijo el joven aldeano. Aquel hombre tan mayor tenía una expresión muy dura y muy marcada. Su rostro tenía cientos de arrugas, pero lo más impactante eran sus ojos. Esos ojos habían visto muchas cosas a lo largo de su vida y no se iban a impresionar por la llegada de un joven que prometía salvarles.

El Venerable Anciano estaba sentado en una especie de trono hecho con paja y madera. A su lado había dos hombres armados solamente con una espada. Tenían un uniforme distintivo, pero no llevaban ningún tipo de armadura. El Venerable Anciano también vestía de manera bastante humilde, sin ningún adorno excepto un colgante con un diente de marfil. Desde el trono, con las manos apoyadas en los reposabrazos, miraba fijamente a Bullsi.

El joven aventurero se sintió incómodo en ese momento, quiso aguantar, pero le ponía demasiado nervioso aquella mirada. Desvió su atención y observó la tienda. Era algo que tenía por costumbre hacer, todos los héroes de los que había oído hablar era buenos observadores: tenían que conocer su entorno porque cualquier detalle les podía ser muy útil en un futuro.

El interior de la tienda también estaba decorado con un estilo humilde, pero había algunas cosas que contrastaban con esa sencillez que había visto hasta ahora en el poblado y las gentes de allí. A un lado estaba colocada una estantería donde se veían algunos objetos de plata y sobre la mesa había una jarra de plata para el agua. También había alguna tela que parecía demasiado elegante. Pero lo que más le llamó la atención a Bullsi fueron unos telares que estaban colgados sobre una de las paredes de la tienda. En ellos se representaban diferentes situaciones: La primera era de un castillo ardiendo y de un montón de gente huyendo hacia el bosque. Luego había otro en el que el grupo de figuras humanas viajaban por el bosque encabezadas por otras dos figuras humanas. Avanzó unos cuantos telares y se fijó en uno donde las figuras estaban como construyendo tiendas iguales a las que había visto afuera.

Debió de estar más tiempo de lo que pensó porque cuando el anciano empezó a hablarle también estaba mirando aquellos telares.

—Es la historia de nuestra aldea. —Bullsi se sorprendió por haber sido interrumpido en sus pensamientos y por la manera de hablar del anciano. Tenía una voz grave, gélida y agresiva—. Mi hermano y yo fundamos este poblado hace una generación. Vinimos de una tierra muy lejana, donde tenemos la costumbre de reflejar los hechos históricos de nuestra historia. Antes lo hacíamos en lienzos, pero aquí no tenemos tantos recursos y nadie en el poblado saber pintar. Las artistas de estas imágenes son las costureras del poblado. —Volvió a fijar su mirada en el aventurero y un escalofrío recorrió su espalda. Había quedado impactado por las palabras del anciano. No por el contenido, sino por la fuerza y lo lleno de vida que estaba aquel cuerpo tan mayor. En sus viajes había visto a poca gente de tanta edad y los que conoció estaban bastante seniles y a punto de morir, pero ese hombre estaba muy lúcido y hablaba con mucha seguridad.

—Tienen una calidad excelente. —Dijo Bullsi por decir algo. Realmente le ponía nervioso aquel hombre y no sabía qué decir.

—Hemos vivido aquí en paz durante años. Tuvimos que huir de nuestra tierra natal y durante mucho tiempo estuvimos viajando y viviendo como nómadas. Hasta que llegamos a este lugar sin dueño, donde hemos trabajado la tierra y hemos construido un poblado al que llamamos Nueva Bolea, en honor a nuestro antiguo hogar. Como le he dicho, hemos tenido paz todo este tiempo, pero desde hace semanas nuestra aldea está viviendo una pesadilla.

—¿Alguna de las ciudades estado ha querido reclamar estas tierras como suyas? —dijo Bullsi con la ilusión de que quizá tuviera que defender el poblado de una invasión, esa idea le pareció grandiosa, él, general de su propio ejército.

—No, nuestro problema no es humano. —En ese momento el joven aventurero pensó que la amenaza podría ser por parte de goblins, ogros o incluso orcos. Eso era aún mejor que luchar contra un ejército humano. Aquello se estaba poniendo interesante—. Aquí somos gente de paz, agricultores y ganaderos en su mayoría, no somos soldados ni tenemos ninguna guardia en el poblado. Por eso somos vulnerables a los ataques... de la naturaleza. —Hizo una pequeña pausa antes de continuar—. Desde hace un tiempo nos está atacando una manada de lobos. —A Bullsi se le cayó el alma a los pies. Le había vuelto a pasar, por no haber preguntado antes, había aceptado un trabajo que no le iba a reportar nada de fama y gloria. No se atrevía a levantarse y marcharse de allí directamente, así que continuó escuchando sin decir nada, aunque con la mitad de interés—. Normalmente han matado ganado, pero en varias ocasiones, se metieron en las tiendas y se han alimentado de las personas. —Lo dijo con tanta frialdad, que el joven aventurero se asustó al oírle hablar así de las vidas de los aldeanos que había perdido.

Pero la dureza en la voz de aquel anciano no quitaba que aquel trabajo fuera fácil y sencillo. No entendía cómo podían causarles tantos problemas aquellos animales por muy numerosos que fueran.

«¡No eran más que unos aldeanos asustados por unos lobos!», pensó el joven aventurero. Era algo demasiado fácil y no le apetecía perder el tiempo en aquello, pero Bullsi no sabía decir que no claramente y en cierto modo había dejado de manera evidente que lo haría, así que intentó hacerlo más indirectamente y que fueran ellos los que dijeran que no les hacía falta y que podía marcharse.

—¿No han pensado en poner trampas?, he visto algunos cazadores fuera. En unos días habrán acabado con la mitad.

—Empezamos probando con trampas pero las esquivaron. Después de eso intentamos

enfrentarnos directamente y darles caza, pero... son muy astutos y al final las presas seguíamos siendo nosotros. —Sin apartar la mirada al aventurero volvió a tomar una pausa antes de continuar—. Me quedó muy claro que no podemos con ellos nosotros solos. Por eso estamos buscando a alguien como vos. Necesitamos gente con experiencia en la lucha y capacidad para trazar una estrategia con la que luchar contra esos animales.

El joven aventurero no sabía que pensar, le parecía absurdo que una aldea como aquella necesitara a un héroe para acabar con unos lobos, por muy inteligentes que fueran. Él había cazado lobos desde que era pequeño y nunca le había parecido que fuera tan peligroso como se lo estaba poniendo aquel anciano. No se atrevía a decirlo abiertamente pero pensaba que estaba perdiendo el tiempo. Sentía que mientras él estaba allí, escuchando a esa gente asustada por unos simples lobos, se le estaban escapando otras oportunidades de conseguir grandes misiones que, estaba seguro, le iban a proporcionar más fama y gloria.

—Eh... —Empezó a decir—. Eh... —Realmente le costaba mucho negarse. Siempre le hacía sentirse culpable si alguien le pedía ayuda y no se la daba. Tenía ganas de irse de allí a buscar una aventura más jugosa pero esa gente esperaba que él les salvara. Si ahora se negaba, se imaginaba que todo el poblado pensaría que le daba miedo enfrentarse a unos lobos y que no era un verdadero héroe porque no había querido ayudarles. Tal vez, indignados por haberlos rechazado, correrían la voz a los viajeros y gente de la zona de que él había huido ante la idea de luchar contra unos lobos, podrían incluso llamarle Bullsí el cobarde y nadie querría contratarle. La posibilidad de que su leyenda hubiera terminado antes de empezar y que la gente pensara mal de él pudo más que sus ganas de marcharse de allí—. Les ayudaré —dijo cobardemente.

—Le daremos doscientas coronas de oro como recompensa —sonó más como una orden que como una oferta. A lo mejor pensó que el aventurero iba a regatear, pero el anciano no sabía que ofrecía una suma aceptable por aquel trabajo tan simple. Lo normal hubiera sido menos de la mitad. No iba a conseguir fama ni gloria, pero al menos obtendría algo de dinero que siempre le venía bien.

—Cobro la mitad por adelantado. —Se atrevió a decir, aunque se arrepintió al ver aquella cara inexpresiva del anciano. Por un momento pensó que acababa de perder el trabajo.

El anciano, sin apartar la mirada a sus ojos, le ofreció la mano para cerrar el trato.

—Me parece justo Bullsí. Mañana por la mañana pondré a su disposición unos cuantos de mis cazadores. Ellos le guiarán hasta la madriguera y seguirán sus órdenes. Una cosa más, debe resolver esto durante el día. Por la noche... esas bestias se vuelven más fuertes y peligrosas.

Bullsí estrechó la mano sin prestar atención a esa advertencia. Solo pensaba en las facilidades que ofrecía aquel asunto.

«¡Doscientas coronas por cazar a unos lobos! ¡Además sabían donde tenían su madriguera!» Se dijo Bullsí una vez cerrado el trato.

Le seguía resultando extraño el motivo por el que ellos no podían resolverlo pero, como decían en su aldea natal, a caballo regalado no le mires el diente.

Ese era el motivo por el que el joven héroe se había levantado convencido de completar su misión aquella mañana. Tocó su bolsa de dinero, que pesaba más que el día anterior y se marchó alegremente al punto de encuentro, donde le esperaban cinco cazadores de la aldea.

Para sus adentros se decía que era una misión muy sencilla, pero viendo la importancia que le había dado el anciano, se imaginó que al terminar le recibirían como a un héroe.

«Si todas estas personas no han sido capaces de enfrentarse a una manada de lobos, entonces, seguro que piensan que soy muy fuerte cuando regrese con las cabezas de los animales» pensaba el joven aventurero mientras iba al lugar de encuentro.

El plan de Bullsí era muy claro. Irían a la madriguera y allí se encargarían de la mayoría de los lobos. Luego, en un día o dos más, darían caza al resto. Era una idea sencilla y rápida, como le gustaba a Bullsí hacer las cosas. Ya se ocuparía más tarde de dramatizar un poco la historia para que fuera más emocionante. Igual hasta incluía un orco y todo. Durante la noche estuvo pensando que ya que iba a ayudar a esas personas, si les hacía creer que había sido una gran hazaña, seguro que su nombre se escucharía entre los viajeros y las gentes de la zona. Entonces, todo el mundo pensaría que es un gran héroe, su reputación aumentaría y seguro que le contrataban para grandes aventuras.

Se equipó debidamente mientras seguía sumido en sus pensamientos. Subió a su caballo y encabezando a su grupo se adentró en el bosque para matar a unos cuantos lobos.

«Definitivamente, hoy va a ser un gran día». Volvió a pensar sonriente.

## II

EL bosque no era excesivamente denso. Estaba formado por una gran espesura de árboles con gruesos troncos pero con suficiente espacio entre ellos para poder ir sobre una montura. Bullsi cabalgaba a la cabeza del grupo. Llevaba puesta una armadura ligera que le restaba agilidad pero que era muy útil contra el ataque de unas garras. Había cubierto sus brazos con brazaletes de acero y sus piernas también llevaban unas placas del mismo metal para protegerle de mordeduras. No era la primera vez que iba tras la caza de lobos. Cuando era pequeño, en su aldea natal, lo había hecho numerosas veces y aprendió que era mejor cubrirse bien las extremidades contra los feroces mordiscos, aunque fueran protecciones tan pesadas.

No solía cubrirse tanto para cazar lobos pero sabía que las armaduras llamaban mucho la atención y a la gente le gustaba verlas. Era algo que parecía que tenía que ir de serie. Daba igual quién fuera el enemigo, si alguien había contratado a un héroe, quiere verlo lucir con armadura.

Quiso demostrar que también se preocupaba por su equipo y ordenó que todos fueran igual de protegidos que él. Pero en Nueva Bolea no tenían armaduras de ningún tipo. El herrero estuvo trabajando toda la noche e improvisó unas placas de metal para cubrir los brazos y las piernas de los cazadores que formaban parte de su grupo. Si había que llegar a una pelea cuerpo a cuerpo, mejor estar prevenido contra mandíbulas y garras.

El joven héroe seguía sumido en sus pensamientos mientras cabalgaba. No era exactamente un ejército pero ya empezaba a comandar a un destacamento de cinco personas. Quizá de aquí a unos años podría fundar su propia banda de aventureros. Sería un buen general, duro pero justo, parecería alguien distante pero a la hora de la verdad daría todo por su equipo. Sin darse cuenta, Bullsi había empezado a llevar su mano sobre la empuñadura de su espada y sacar el pecho orgulloso.

«Sí, todos querrán formar parte de mi equipo». Se decía así mismo.

También se abasteció bien de armas. Era algo que había aprendido en su corta experiencia: nunca se tienen suficientes armas. La espada que tocaba con su mano era una vieja espada larga que le había acompañado desde el principio de sus aventuras y a la que había bautizado con el nombre de *Demoladora*. En la otra cadera llevaba una espada corta y en su bota derecha tenía escondida una daga. Por último, sobre su espalda descansaban su arco y sus flechas. Él esperaba que no tuviera que usar las armas de corto alcance. Cuando iba a la caza de lobos le gustaba hacerlo igual que con los ciervos: a distancia y matándolos con un flecha en la cabeza.

El plan original era ir directamente a la madriguera de los lobos que se encontraba no muy

lejos de la aldea. Pero mientras se dirigían hacia allí Bullsí pensó que realmente aquella misión la terminaría muy rápido y que a lo mejor las gentes del pueblo pensarían que no se lo había tomado realmente en serio, por lo que le pidió a su grupo que diera un rodeo por el bosque de manera preventiva.

—Tenemos que asegurarnos que no están dispersados por el bosque, no tendría mucho sentido llegar a su madriguera y que no hubiera nadie—. Les dijo como excusa.

Sus compañeros eran un poco reacios a ese plan porque se les podría hacer de noche y querían evitar eso a toda costa. A pesar de sus palabras, Bullsí les insistió diciendo que era una medida necesaria. Él no entendía el miedo de esta gente hacia esos lobos, pero estaba seguro que tendría que aparentar que se lo tomaba tan en serio como ellos. Finalmente, tras una breve discusión, cogieron otro camino más largo para llegar hasta la madriguera.

En el poblado el Venerable Anciano había salido de su tienda. Aunque su cuerpo ya empezaba a irse hacia adelante aún podía caminar a buen paso. Pero en ese momento no tenía ninguna prisa, solamente fue a dar un paseo por su pueblo. Iba sin ningún tipo de escolta porque en esa aldea era el lugar donde se sentía más a salvo. Allí todos le respetaban y le querían. Cuando se cruzaba con alguien este le saludaba con respeto y el Venerable Anciano se lo devolvía igualmente.

Nueva Bolea había sido un sueño hecho realidad. Después de todas las penurias que habían pasado y de toda la gente a la que habían perdido hasta encontrar aquel lugar, por fin tenían un sitio al que volver a llamar hogar. Miró a un grupo de niños jugando y riendo. Ellos ya nacieron allí y solo conocen lo que sus padres y abuelos han vivido por las historias que contaban y los telares que hay en su tienda. Es lo que se habían prometido su hermano y él. La siguiente generación nunca deberá vivir el éxodo que ellos habían tenido que soportar. Querían que tuvieran conocimiento de lo que pasó porque ellos creían que solo quien conoce su historia puede evitar que esta se repita. La fuerza de ellos dos había hecho posible que llegaran a donde estaban y levantaran aquel poblado. Juntos podían con todo, pero desde que su hermano ya no estaba con ellos, el Venerable Anciano se sentía muy débil.

«Tú siempre fuiste el más fuerte de los dos. Liderar sólo a nuestro pueblo se me está haciendo cuesta arriba. He seguido mirando hacia adelante como siempre hemos hecho, pero yo nunca he tenido tu energía.» Se lamentaba el Venerable Anciano en silencio

La vida les había enseñado que tenían que mirar siempre hacia adelante. Pasara lo que pasara había que mirar hacia adelante. Esa actitud fue la causa de que llegaran tan lejos, pero también de que se les marchitara el carácter y dejaran de pensar tanto en el individuo y más en el grupo.

«La comunidad es lo más importante.» Le decía su hermano.

«Tú sí que eras fuerte Petrio, muy fuerte, pero yo no puedo seguir con esto solo —pensaba el anciano mientras continuaba dando su paseo—. Estoy haciendo todo lo posible por mantener nuestra promesa de que esta nueva generación no conozca la misma condena que tuvimos que vivir nosotros. He hecho todo lo posible para luchar contra este enemigo y salvar el poblado, pero ya no puedo hacer más. No sé si el joven que dice ser un héroe podrá salvarnos o no. Pero él es nuestra última esperanza, porque si no puede vencerlo, hermano, por el bien de la comunidad, tendré que tomar una decisión.»

Bullsí y su grupo habían dedicado muchas más horas de las previstas en su rodeo. El sol había pasado su punto más alto hacía bastante tiempo, pero el joven aventurero estaba contento, se habían asegurado de que no había lobos por el bosque. Si todos estaban en la madriguera o

alrededores podrían terminar la misión de un solo golpe ese mismo día.

Se dirigían hacia la cueva cuando Bullsí se fijó en un rastro en el suelo. Bajó de su montura para inspeccionar y observó unas huellas de pisadas de animal. Habló a sus compañeros sin apartar la vista.

—No han pasado hace mucho por aquí, quizá algunos han salido de caza. Tendremos que andar más rápido para llegar antes a su madriguera—. Dijo firmemente.

Se subió al caballo y empezó a avanzar con un ligero trote. Los demás le siguieron. Tras unos pocos pasos Bullsí se dio cuenta de que sus hombres estaban muy callados. No; más bien serios o incluso nerviosos. Uno de ellos no paraba de mirar hacia el cielo. El joven guerrero no terminaba de entenderlo ya que eran hombres altos y fuertes, le extrañaba que ellos solos no hubieran podido con la manada de lobos. Sabían exactamente el lugar de su madriguera. ¿Por qué no habían ido allí sin más y los habían matado mientras dormían? ¿Por qué necesitaban la ayuda de un héroe?

Con la excitación por haber sido requerido y por la facilidad de la misión, Bullsí no había reparado en ello.

«Quizá eran hombres muy cobardes», pensó el líder del grupo, no era la primera vez que lo había visto; hombres hechos y derechos que le temen a una serpiente o incluso a las ratas.

Bullsí creía que él no tenía miedo a nada, bueno sí, a los minotauros. Había oído cientos de historias sobre ellos y, aunque no sabía si existían realmente, solo con pensar en un hombre de unos cuatro metros con cabeza de toro y una enorme hacha en la mano le aterraba. Meneó la cabeza para concentrarse, no iban contra ningún minotauro, sino contra una manada de lobos. Aquellos hombres se preocupaban por algún motivo y en ese momento estaban bajo su responsabilidad. Se dijo así mismo que como jefe del grupo tenía que motivarles para que siguieran.

—No estéis tan serios chicos, en unas pocas horas podréis dormir en paz.

—Señor Bullsí... —empezó a balbucear uno de ellos, llamado Roan.

—Llámame Bullsí sin más —dijo mientras bajaba su ritmo para ponerse a la altura de los otros.

—Bullsí... no va a tardar en anochecer, creo que deberíamos volver y continuar por la mañana —dijo temeroso.

—Es verdad que hemos ido un poco más lento de lo que esperaba —comenzó su discurso. Le dio un tono paternalista con la intención de tranquilizarles—, pero si nos vamos ahora no habrá servido para nada todo el reconocimiento que hemos hecho. Mañana habría que volver a empezar. Por el poco rastro que hemos encontrado la mayoría deben seguir en la cueva y tengo un regalito para darles que acabará con la mayoría de ellos de un plumazo. No os preocupéis. Hoy es el fin de vuestros problemas. —Bullsí no se imaginaba lo cierta que era aquella frase para algunos de ellos, pero no en el sentido que él lo había dicho.

Volvió a espolear a su caballo para que tomara algo de distancia entre sus hombres. Estaba dudando si sus palabras habían tenido el efecto que él deseaba. Se puso a repasar lo que había dicho para ver si había conseguido esa mezcla de valentía y paternidad que iba a hacer de él un gran general en el futuro.

Sus pensamientos fueron cortados por un ruido. Todos se habían dado cuenta y se pararon al unísono. Sin pensar en nada más Bullsí se bajó del caballo y escaló un par de ramas de un árbol. Se escondió entre el ramaje y oteó las inmediaciones. Fue entonces cuando lo vio por primera vez.

Estaba a unos cientos de metros, pero podía verlo perfectamente.

Un lobo negro enorme, el más grande que había visto nunca.

—Esa piel valdrá un buen dinero. —Se le ocurrió mientras cogía una flecha y la colocaba en el arco.

El gigantesco lobo estaba bastante lejos pero Bullsí consideró que se encontraba en una buena posición y que podría alcanzarle.

Se concentró en la bestia y le apuntó. Calculó la trayectoria hacia el animal. Podía sentir todo a su alrededor. Era una sensación que le encantaba. Ese momento justo antes de que su presa supiera que no tenía escapatoria. Iba a disparar cuando una ligera brisa sopló de repente y tuvo que reajustar el tiro, apuntó de nuevo, se dispuso a lanzar la flecha y entonces...

Le miró. Ese lobo le miró. No miraba en la dirección en la que estaba Bullsí, sino que miraba directamente al joven aventurero. Notaba cómo su mirada estaba puesta en él y por un momento el terror inundó su cuerpo sin saber por qué. No tardó en descubrir el motivo, un instante después escuchó con los oídos lo que su instinto ya le había avisado. Ellos eran las presas.

Gritos de terror y gruñidos rabiosos provenían de abajo. Una manada de lobos se había lanzado en tropel contra sus hombres. Aparecieron por todos los lados rodeándoles y sin una vía por la que escapar. Bullsí pensó que así se debían sentir sus presas cuando sabían que no tenían escapatoria.

Uno de los cazadores cayó en la primera oleada. Un lobo saltó desde la maleza directo a su cuello. El animal le derribó cayendo sobre él mientras sus mandíbulas se encargaban de desgarrarle el cuello.

«¡Una trampa! —pensó Bullsí—. ¡Estos animales nos han tendido una trampa!» pero no tenía tiempo para pensar en ese misterio. Se olvidó del enorme lobo y se centró en los que estaban atacando a su grupo. Tensó el arco, apuntó y le dio a uno en toda la cabeza dejándole tieso, cargó y volvió a apuntar.

La situación abajo era bastante caótica. Dos de sus hombres aún seguían a caballo y se defendían a espadazos desde sus posiciones contra varios lobos. Roan estaba de pie debatiéndose a muerte contra otra bestia de pelaje gris y el cuarto acababa de morir debido a una mordedura mortal de un lobo marrón. El animal gris tiró al suelo al cazador y se dispuso a subirse encima para morderle. Bullsí le apuntó y disparó.

La flecha atravesó su cráneo y murió en el acto. Fue tan rápido y mortal que Roan no sabía de dónde había venido aquella flecha que le había salvado la vida. Pero para cuando vio a Bullsí este ya estaba apuntando a los enemigos de otro de los compañeros. El cazador no dudó ni un momento, ver al joven guerrero matando a esos lobos le llenó de coraje. Cogió su espada del suelo y se lanzó hacia los otros animales. No había avanzado ni dos pasos cuando se le cruzó el lobo que había degollado a su compañero. Su hocico aún brillaba por la sangre fresca del cazador muerto y sus ojos tenían una mirada asesina.

A unos metros de allí, uno de los jinetes estaba siendo atacado por dos lobos a la vez. Le arañaban y mordían las piernas, apenas podía controlar al caballo para que no huyera al galope. Las placas de metal estaban haciendo su trabajo pero no durarían eternamente, había que matarlos ya, no iban a aguantar mucho más.

Bullsí lanzó otra flecha pero erró el tiro. Era bastante complicado. No paraban de moverse y el jinete y su caballo eran mucho más grandes que los dos lobos.

Miró al otro compañero que aún seguía sobre el caballo y que tenía a tres lobos ganándole terreno continuamente. Apuntó con su flecha, le tembló el pulso por un momento justo antes de disparar y erró el tiro. Una oreja del lobo fue herida pero no sirvió para que dejara de atacar al jinete.

«¡Tranquilízate Bulls! —se gritaba dentro de su cabeza el joven aventurero. Se había empezado a poner muy nervioso. Aquellos lobos estaban siendo más peligrosos de lo que parecían y dos de sus hombres ya habían muerto... Maldita sea, ¿dos de sus hombres habían muerto!—. ¡No puedo permitir que muera alguien más! ¡Soy su comandante, soy un héroe!»

Volvió a cargar el arco lo más rápido que pudo y apuntó con la mayor precisión al mismo animal. No se le daba mal disparar a objetivos en movimiento pero no quería dar a ninguno de sus compañeros. Sus rostros reflejaban desesperación, estaban luchando más por miedo y supervivencia que por valentía. En ese momento, un lobo acabó cortando una de las correas que sujetaba la placa de acero de la pierna del jinete. El animal fue rápido y volvió a saltar llevándose en esta ocasión un buen trozo de carne como recompensa.

Bulls lo vio, tenía que arriesgarse si quería salvar a su grupo. Cambió de objetivo, apuntó y disparó. La flecha se clavó en el cuerpo del lobo que acababa de llevarse una parte de su compañero, pero no lo mató. Lo que consiguió fue que el salvaje animal se enrabetara y se volviera a lanzar contra la pierna del jinete. El cual, a pesar del dolor, había conseguido asestar una estocada mortal a la bestia peluda que le atacaba por el otro lado.

El ataque del jinete fue un éxito y el cuerpo del animal se desplomó al suelo sin vida, pero le fue imposible parar el segundo ataque a su pierna desprotegida y sintió como los dientes del lobo llegaban al hueso. El dolor era insoportable y por un momento deseó que acabara ya con su vida.

El joven aventurero decidió que desde su posición no podía hacer más, tendría que bajar a tierra para enfrentarse cuerpo a cuerpo con los lobos. Descendió rápidamente, desenvainó a *Demoledora* y se la clavó en la cabeza al lobo que había herido en la oreja. Este estaba atacando junto a dos lobos más al otro jinete que a duras penas conseguía mantenerse sobre el caballo. Era un milagro que aún siguiera vivo. Había conseguido mantener a raya a los tres lobos hasta ahora. El jinete aprovechó la cobertura que le había proporcionado Bulls para concentrar una estocada a uno de los lobos que le atacaba y le partió el cráneo por la mitad. Pero el tercer lobo se lanzó directo a una pierna del caballo provocando la caída del jinete.

Por otro lado, Roan acababa de terminar con la vida del animal que había matado a su compañero y fue a socorrer al jinete que no tenía protección en la pierna. Había caído al suelo desmayado por el dolor y el lobo se puso encima de su cuerpo dispuesto a arrancarle el cuello de una dentellada. El cazador fue a atacarle con toda su rabia pero el lobo le vio venir y cambió de objetivo. Se lanzó de lleno al cuerpo de Roan, que no pudo reaccionar a tiempo y cayó al suelo por el peso del animal. Mientras intentaba quitárselo de encima el lobo gruñía de rabia y le dio un mordisco en el hombro del que empezó a manar bastante sangre. El cazador gritó de dolor como nunca antes lo había hecho. Iba a darse por vencido cuando vio cómo la cabeza del lobo era atravesada de lado a lado por la espada de Bulls.

Los gruñidos habían cesado. Momentos antes Bulls y el otro jinete habían acabado con el último de los lobos. Pero los sonidos de los animales habían sido sustituidos por los alaridos de los dos hombres heridos. El joven guerrero observaba alrededor para asegurarse que no había más peligro en las inmediaciones.

—¿Puedes andar Roan? —Le dijo mientras miraba el aspecto tan desagradable de su herida en el hombro.

—Sí, ¡Regresemos a la aldea para que curen a Rusty!

Bullsi miraba alrededor mientras la furia y la adrenalina se apoderaba de todo su cuerpo. Había conseguido salvar a tres de sus hombres, pero había perdido a dos. Esos lobos habían sido demasiado inteligentes, les habían tendido una trampa y se habían convertido en sus presas.

«¿Qué había pasado allí? normalmente los lobos no atacan a un grupo de hombres tan numerosos de manera tan deliberada. No querían cazarles, querían matarles sin más.» Pensaba Bullsi.

—¡Vamos, hay que volver antes de que se haga de noche! —dijo el cazador que aún seguía ileso.

—¡No! No hemos terminado. ¡Aún queda uno vivo por lo menos! —grito Bullsi lleno de rabia.

—¡No podemos seguir! ¡Tienen que curarle la pierna! —le gritó el cazador mientras hacía de apoyo a su amigo malherido.

Bullsi tenía un gran dilema en su interior. Se debatía entre las ganas de aventura y la sed de venganza contra el animal que les había hecho aquella emboscada y salvar a sus hombres. Ese era el líder de la manada sin duda. Esa maldita bestia había sido más lista que ellos. Ese animal que le había mirado de manera tan... tan... tan extraña, aunque por un momento iba a decir... inteligente. Pero tenía que cuidar de su equipo. Debían volver a la aldea para que fueran atendidos pero la imagen de aquella gran bestia negra mirándole volvía a su mente una y otra vez. En su vida se había encontrado con muchos animales y ninguno le había mirado de esa manera. Quizá se hubiera confundido, pero le pareció que sus ojos tenían un leve fulgor rojizo.

Podrían haber vuelto al poblado para recuperarse y pensar un nuevo plan. En otro momento quizá el joven aventurero hubiera optado por esa opción. Pero Bullsi tenía el orgullo muy herido, sentía que aquella bestia lo había tomado por idiota. Él no soportaba perder y que le tomaran por estúpido. No iba a dejar que ese animal se saliera con la suya y que le preparara otra trampa al día siguiente. Iba a cogerle ya mismo y despellejarlo vivo.

—¡Vamos a seguir! —Ordenó Bullsi.

—¡Nosotros nos vamos! —Dijo el cazador de manera determinante.

—¡Yo digo cuándo nos vamos!

—No podemos seguir —dijo Roan—. Yo estoy desangrándome y Rusty está muy malherido, ¡es una locura!

Bullsi seguía extasiado pero aquellas palabras hicieron que mirara realmente cómo se encontraba su maltrecho equipo. Uno de ellos tenía la pierna colgando de un hilo y estaba a punto de quedarse inconsciente y otro estaba sangrando a chorros por el hombro. Solo había uno que parecía tener heridas leves como él. Intentó calmarse, se dijo a sí mismo que un héroe de verdad tiene que mantener la calma en un momento así. Pero el orgullo herido aún le pesaba demasiado. No quería abandonar y que la bestia pensara que había ganado. También empezó a decirse que un buen líder no lleva a su grupo a una muerte segura. Él era el héroe, se suponía que estaba allí para salvar las vidas de esas personas, no para que ellos corrieran riesgos. Pero aún había una cosa que no podía hacer él solo y tomó una decisión. Los dos hombres heridos regresarían de inmediato al pueblo, realmente no estaban muy lejos y no tardarían en llegar. Una vez allí, darían el aviso para que alguien regresara a por los cuerpos de sus compañeros y así pudieran recibir sepultura.

Por otro lado, Bullsí y el otro cazador continuarían hasta llegar a la madriguera. El joven aventurero pensó que era una buena idea, pero el cazador se negó a seguir.

—¡Está a punto de anochecer! ¡Regresemos! —repetía una y otra vez—. No hay manera de vencerles, tenemos que volver al pueblo para decirles que todo está perdido.

Bullsí se tomó aquello de manera muy personal. Se sintió ofendido al pensar que aquella gente había perdido la fe en él y la paciencia se le estaba acabando como para pensar bien en las palabras que tenía que decir.

—No nos han vencido. En toda guerra hay bajas y aún puedo con ellos. Pero necesito llegar hasta su madriguera. Tú te conoces el bosque mejor que yo y llegaré antes si me llevas hasta allí. Os dije que hoy les íbamos a dar un gran golpe y es lo que pienso hacer.

Al joven aventurero no le gustaba hacer promesas que no pudiera cumplir, pero sinceramente, en ese estado de euforia se sentía capaz de acabar con todos ellos usando únicamente sus manos.

Los dos hombres dudaban. Tenían la moral por los suelos y Bullsí perdió la paciencia.

—¡Si os rendís ahora las muertes de vuestros amigos no habrá servido para nada!

Roan, que momentos antes se había contagiado de la valentía de Bullsí, rompió a llorar. Estaba totalmente hundido. Esta situación le pilló por sorpresa a Bullsí. Siempre le había parecido una imagen muy patética ver a un hombre tan grande y fuerte llorando. Él nunca se hubiera permitido llorar en público. Se encontraba muy incómodo y no sabía muy bien que decir.

—¿Qué vas a hacer? ¿Enfrentarte tú solo con ellos? —le soltó el cazador al que le había ordenado que hiciera de guía.

—¡Sí!, como tenía que haber sido desde el principio. No pienso rendirme. Os he hecho una promesa a todos vosotros y voy a cumplirla. Lo único que necesito es que me lleves a la madriguera, una vez allí yo me encargo de todo.

### III

**E**SCONDIDOS entre la maleza y a una distancia prudencial, Bullsí y su compañero vigilaban la entrada de la enorme cueva que usaba de madriguera la manada de lobos. Habían ido hasta allí a pie para moverse con mucha cautela y sigilo.

Había numerosos lobos por las inmediaciones. Algunos entraban y salían de la cueva. Pero Bullsí sabía diferenciarlos y había contado varias docenas, sin embargo, aún no había visto al gigantesco lobo negro.

El joven aventurero se sentía muy culpable por lo que había pasado, se supone que un héroe debe proteger a la gente que le ha contratado, no arriesgar sus vidas. Se había dejado llevar demasiado por la facilidad de aquella misión y no pensó que esos hombres podrían estar en peligro. Es verdad que estos lobos parecían muy inteligentes, sobre todo el lobo negro, pero al fin de cuentas no eran más que lobos. No iba a ser derrotado por unos simples animales salvajes.

—Puedes irte. Ya me encargo yo del resto —dijo seriamente sin mirar a su compañero.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó con voz temblorosa.

—La siguiente parte del plan que había preparado. Me acercaré todo lo posible y les lanzaré esta maravilla —Bullsí le enseñó un pequeño frasco de cristal dividido en dos compartimentos, uno con líquido rojo y el otro con líquido transparente—. La mayoría morirá en la explosión y otra gran mayoría quedará sepultada. Los pocos que queden serán fáciles de matar.

—¿Qué es eso? —el cazador no entendía cómo una pócima podía ser tan destructiva.

—Se lo suelo comprar a un brujo de la ciudad de Turis. Cuando los dos líquidos se mezclan crean una gran bola de fuego que destruye todo en un radio de cinco metros. Si la lanzo muy cerca de la cueva, provocará un desprendimiento. No quiero ponerte en peligro pero si te escondes en un lugar seguro puedes verlo con tus propios ojos en un momento.

Hablaba en serio, no quería poner en peligro su vida. Aún se castigaba por haber perdido a dos hombres, pero al joven aventurero le encantaba mostrar sus habilidades ante la gente. Su idea era que se colocara en un sitio donde estuviera a cierta distancia y a salvo para que fuera testigo de aquella demostración. A pesar de que solo era matar a unos lobos, iba a hacer que la aventura fuera lo más grandiosa posible. Sabía que con esa pócima la victoria sería espectacular. Así que, si tenía a un testigo que corroborara su historia, esta sería más convincente cuando la contara.

Pero no pensaba solo en él. Iba a hacer lo mismo con sus compañeros. No dejaría que sus nombres se olvidaran. Cuando contase esta aventura en un futuro, les daría un gran papel en el que relataría como murieron de manera heroica para que la misión siguiera hacia adelante. Diría que

fueron unos hombres muy valientes, que a pesar del miedo y la peligrosidad de la misión, se ofrecieron voluntarios a acompañarle. Contaría que si no hubiera sido por ellos tal vez él estaría muerto.

«Sí, siempre queda bien que un hombre dé la vida por otro.» Pensaba en ese instante el joven aventurero.

Hubiera preferido que estuvieran vivos y siguieran luchando junto a él, pero se prometió que su pérdida no sería en vano y que los convertiría en héroes. Esa sería su manera de honrar sus muertes.

Por un momento se acordó de los telares que había visto en la tienda del anciano, quizá podría conseguir que les inmortalizara con algunas ilustraciones. Se empezó a imaginar las imágenes que podrían contar aquella aventura. Visualizó en un telar la reciente batalla con los lobos y cómo la siguiente imagen sería él fulminándoles con una gran bola de fuego. La voz del cazador le despertó de sus pensamientos.

—Prefiero estar lejos de aquí. No me gusta la magia y está a punto de ser de noche.

—No es exactamente magia, es una poci... —pero el cazador ya se había ido de allí a toda velocidad. «No importa —pensó el aventurero—, probablemente verán el fuego y oirán el ruido de la explosión desde el poblado.»

El sol empezaba a despedir el día con sus últimos rayos. El joven guerrero no quería perder más tiempo, por la noche estaba en clara desventaja; los lobos no necesitan la vista para encontrarle, les basta con el olfato. Inició su maniobra de acercamiento. Mientras se aproximaba sigilosamente vio al gran lobo negro.

«Bien, tú caerás el primero.» Pensó mientras se cargaba de ira.

Continuó moviéndose con mucha cautela hacia la entrada de la cueva. El lobo negro se paró y los demás animales le rodearon.

El cielo anaranjado empezó a dar paso a la oscuridad de la noche, las estrellas más luminosas comenzaron a aparecer.

Bullsi avanzó un poco más, aún estaba algo lejos para acertar en plena boca de la cueva, que era justo el lugar donde se habían concentrado todos. No podía creer la suerte que tenía, si conseguía hacer explotar la poción en el centro del círculo los habría eliminado a todos de un solo golpe, dio un paso más cuando...

El aullido de doce lobos comenzó al unísono. Bullsi reconoció que tenía algo de encanto aquel concierto. Se fijó en que el único que permanecía en silencio era el lobo negro, pero no le dio ninguna importancia. No tenía tiempo que perder. El joven héroe iba a reanudar su avance pero fue incapaz de continuar. Lo que estaba ocurriendo en el centro del círculo le dejó paralizado hasta el punto de que casi se le cayó la pócima explosiva al suelo. Se quedó allí, observando quieto y alucinado. No podía creer la situación de la que estaba siendo testigo.

Aquel lobo negro ya era de por sí como dos lobos de grande. Pero había empezado a crecer aún más. Su tamaño aumentaba como por impulsos que provenían de su interior. Debía de sufrir. Desde su posición Bullsi podía oír gruñidos de rabia y dolor durante la transformación.

El aullido de los lobos era ensordecedor. Ellos continuaban con su canto mientras el lobo negro comenzó a retorcerse sobre sí mismo. Las cuatro patas le crecieron más todavía y cambiaban de forma para ser mucho más robustas y musculadas. A la vez, el cuerpo no paraba de crecer, incluso la cabeza también tuvo una metamorfosis: su hocico comenzó a achatarse dando

como resultado un rostro monstruoso.

Bullsi no podía creer nada de lo que veía. La criatura se había puesto sobre dos patas, pero no eran como las de antes, ahora tenían cierto parecido a unas piernas gigantes, peludas y muy fuertes. Lo mismo ocurría con las delanteras, ahora eran más bien unos enormes brazos, sus pezuñas se separaron y tomaron la forma de gruesos dedos con largas garras en los extremos.

Su agonía terminó con un largo aullido al cielo tan potente que consiguió oírse por encima del coro que había en torno a él. Por un momento, la criatura se quedó allí respirando profundamente y cogiendo fuerzas. Otra cosa que le llamó la atención a Bullsi fueron sus ojos, volvió a ver ese leve resplandor rojizo en sus ojos y sintió miedo.

«¿Pero qué es ese monstruo?». Fue lo que se preguntó Bullsi.

Había oído leyendas sobre hombres que se convertían en lobos pero lo que acababa de ver era algo muy diferente. Los hombres lobo son personas que se transforman en lobos las noches de luna llena y en ese momento no había ninguna luna llena en el cielo y no era un humano el que se había convertido en esa bestia. No sabía lo que era, no entendía nada.

«¿Pero de verdad existen estas criaturas en el mundo?». Pensó aterrorizado. No sabía qué hacer, todavía no había asimilado lo que acababa de ver y le temblaban las piernas y las manos.

De repente, los aullidos cesaron y el gigantesco monstruo bípedo empezó a olfatear el aire... en dirección a Bullsi.

El joven héroe reaccionó instintivamente. A pesar de estar muy lejos para dar en el blanco lanzó al grupo de bestias el frasco explosivo que tenía en la mano. Se quedó bastante corto y la gran bola de fuego que apareció envolvió solo a unos pocos lobos. Pero a ellos también les había pillado ese ataque por sorpresa y eso le dio tiempo a Bullsi para poder escapar de allí a toda velocidad y volver a internarse en la espesura del bosque.

Por un momento hubo una gran bola de fuego. Un estallido que dio paso a una densa nube de humo con un fuerte olor. Tanto su vista como su olfato quedaron inútiles por un momento. Desde su oscuridad escuchaba varios tipos de aullidos, algunos de rabia y otros de lamento. Poco a poco los ojos de la bestia empezaron a ver mejor, aunque había numerosos puntos brillantes mirara donde mirara.

Algunos de sus lobos estaban tendidos en el suelo muertos, otros corriendo de un lado a otro y unos pocos lamían sus propias heridas o las de otros compañeros.

«¿Qué había sido eso? —pensó la bestia—. ¿Habrá sido ese hombre que estaba con los cazadores antes? ¿Quién era ese tipo?».

Desde el primer momento reconoció que no era de la aldea. Aún estaba un poco confundido, siempre después de cada transformación estaba un poco desorientado y aún le costaba mantener un control completo sobre aquel cuerpo.

«Debe ser un mercenario». Dijo una voz en su interior.

«¡Aún sigues ahí dentro! —le contestó mentalmente a la voz que tenía en su cabeza—. ¿Por qué sigues creyendo que puedes vencerme? —Había un toque de ira en su pregunta—. No puedes ganarme. Es solo cuestión de tiempo que consiga el control total de este cuerpo —Se miró las garras—. Y entonces tendré esta forma para siempre y podré usar completamente mi poder en todo momento». Sonrió para sus adentros con solo imaginarse lo que iba a conseguir.

«No te lo permitiré». Gritó la otra voz desde lo más profundo de su mente.

«No puedes vencerme. Soy más poderoso que tú y cada vez te noto más débil». Le dijo con

arrogancia.

La bestia gritó de dolor y cayó de rodillas. Se llevó las garras a la cabeza, sentía como si le estuvieran dando con un martillo y cerró los ojos por el dolor. Otra vez estaban luchando por el control del cuerpo. Era una batalla continua: ninguna parte le daba un gran descanso a la otra por mucho tiempo. En cuanto se sentían con fuerzas volvían a intentar obtener el control. Se pasaban los días así.

El enorme ser se relajó y abrió los ojos. Aquel resplandor había desaparecido para dar paso a unos ojos azules.

«¿Qué decías de estar débil?, aún puedo dominarte incluso en tu forma original —de momento volvía a tener el control, pero sabía que no por mucho tiempo—. Tiene razón —se dijo a sí mismo —, cada vez me cuesta más y cada día es más fuerte. No voy a poder seguir con esto mucho más».

Numerosas veces había pensado en suicidarse pero sabía que esa no era la solución. Solo había una forma de poner fin a esta situación para siempre y no era capaz de hacerlo. Le resultaba imposible llevarlo a cabo, cada vez que lo había intentado el cuerpo no le respondía, por eso pensó que debía conseguir el dominio total. Pero estaba perdiendo la batalla y pronto llegaría un día en el que no podría hacer nada. A veces, pensaba que le permitía tener el control del cuerpo más tiempo para así descansar y conseguir usar todo su poder en momentos como el de la emboscada a los cazadores que había ocurrido horas antes.

Pensaba eso porque normalmente, mientras no hiciera nada hostil, solía tener el control del cuerpo. Pero a menudo el ente tenía sed de matanza. Era en ese momento cuando comenzaba la lucha de verdad.

Al principio había sido más fácil. Pudo ganar alguna vez consiguiendo que se conformara matando solo ganado del poblado. Pero, a medida que el ente iba obteniendo más poder, el suyo iba disminuyendo. Lo intentaba, lo intentaba, aún seguía intentándolo, pero no siempre podía controlarlo y aquella bestia terminaba matando a alguien. Se le estaba acabando el tiempo. Necesitaba ayuda... quizá aquel hombre que estaba en compañía de los aldeanos podría ser su oportunidad.

«Tenía que ser alguien entrenado en la lucha, si no todos hubieran acabado asesinados. Quizá él pueda hacer lo que para mí ya está totalmente fuera de mi alcance». Pensó albergando un poco de esperanza.

«Solo un poco más de tiempo». Pensaba el ente desde una parte muy profunda en la mente de aquella criatura. Estaba ansioso por conseguir el control completo del cuerpo y así poder obtener lo que estaba deseando: someter a la gente para que le veneraran. Había sido derrotado una vez hacía mucho tiempo y no iba a dejar que le volviera a suceder.

Empezaría dominando la aldea. Ellos se convertirían en los primeros soldados de su gran ejército. Sabía que lo mejor habría sido esperar y haber conseguido reunir toda su fuerza antes de intentar algo. Hubiera sido muy fácil haberse ocultado en el interior del cuerpo sin que se diera cuenta. Pero llevaba muchos siglos encerrado y se moría de ganas por empezar a crear su propio ejército, el ansia de poder ganó a la razón.

No quería matar a todos los aldeanos, solo deseaba que fueran sus esclavos y lucharan para él. Ambicionaba crear una fuerza capaz de vencer a cualquier enemigo. Si hubiera tenido su poder a plena potencia, ya habría acabado con ellos y los estaría sometiendo para que le adoraran. Pero se había encontrado con un gran obstáculo que aún no había llegado a vencer del todo. Se estaba

enfrentando a una mente muy fuerte y le estaba costando mucho esfuerzo y tiempo. Nunca antes había luchado contra alguien tan difícil de doblegar.

No le importaba que creyera que podía vencerle.

«Ten tú el control del cuerpo la mayor parte del tiempo, así podré descansar y reunir mis fuerzas antes». Pensó muy seguro de sí mismo.

Le daba igual que aquella gente intentara matarle una vez más. No le preocupaba nada el mercenario: Si volvía a atacarle, le daría caza y lo degollaría delante de los aldeanos para que vieran lo que le pasa a los que osan enfrentarse al poder de Lummimus.

## IV

CUANDO vieron llegar a Bullsi a la aldea todos pensaron que había vencido y que venía a contar cómo había sido su lucha contra las bestias. Como había supuesto, oyeron la explosión y vieron el resplandor. Sin hablar con nadie se dirigió directamente a la tienda del anciano. Bullsi no sabía si estar enfadado, sentirse engañado o es que realmente había descubierto algo nuevo que no sabían los de la aldea. Se encontró al Venerable Anciano despierto en su tienda junto a los dos hombres que hacían de guardias. Estaba de pie y vestido con ropa de dormir. Al igual que sus congéneres había oído la explosión y se había levantado de la cama esperando su llegada.

El anciano mantenía esa expresión dura que parecía que te estaba perdonando la vida. Le invitó a sentarse mientras tomaba posición en su trono. Bullsi estaba demasiado alterado y no sabía muy bien cómo empezar. Pensó que debía preguntárselo directamente y de manera muy tranquila. Cabía la posibilidad de que ellos no supieran de la existencia de esa criatura. Respiró hondó y lo soltó.

—¿Sabía que había un monstruo con esos lobos? —dijo lo más calmado que pudo.

El Venerable Anciano guardó unos segundos de silencio. Actitud que le reventaba a Bullsi, creía que se las estaba dando de importante y lo hacía adrede para demostrar que él era el Venerable Anciano y que podía tomarse el tiempo que quisiera antes de contestar. Ese silencio solo hizo que el joven aventurero se fuera alterando más.

—En efecto, lo sabemos —dijo sin inmutarse—. ¿Ha conseguido eliminarlo? —preguntó con el mismo tono, pero en su interior tenía una chispa de esperanza de que la respuesta fuera afirmativa. Bullsi no le dijo lo que esperaba.

—¿Cómo? —dejó que toda la furia contenida saliera—. ¿Lo sabían y no me lo dijeron? ¿Qué esperaban, que no me diera cuenta de que entre los lobos había un monstruo de más de dos metros? —dijo acusando agresivamente.

—Le dije que tenía que atacarles de día cuando eran más vulnerables —contestó en un tono más elevado y serio. El anciano no iba a dejar que aquel joven le echara una reprimenda—. Mis hombres me han dicho que les ha tenido todo el día dando vueltas por el bosque en lugar de ir directamente a la madriguera —a Bullsi también le habían pillado, pero él estaba habituado a improvisar argumentos de sus mentiras. No iba a callarse tan fácilmente. Aunque ante la mirada penetrante de aquel hombre empezó a responder balbuceando.

—Er... era parte de la estrategia... no...no... no sé puede ir a atacar al enemigo si no se está seguro de las defensas que tiene —Bullsi usó sus habilidades para dar la vuelta a la tortilla y que

la conversación fuera a su favor—. Fue una imprudencia mandarme a mí y a sus hombres sin saber lo que nos podíamos encontrar. ¿Por qué me mintió? Arriesgó mi vida y la de su gente, podíamos haber muerto todos.

El anciano siguió a la defensiva.

—Ellos sí que lo sabían, eran conscientes del peligro al que se enfrentaban y se ofrecieron voluntarios.

—¡Pero era yo quien estaba al cargo de ese grupo! —Bullsi paró de reprimirse y empezó a descargar su ira contra el líder del poblado—. ¡De haberlo sabido habría actuado de otra manera! ¡Han muerto dos hombres por su culpa! ¡Viejo senil! —Bullsi se descontroló hasta el punto de que avanzó unos pasos dispuesto a golpearle en la cara, pero los dos guardias se adelantaron y desenvainaron las espadas. Con el puño en alto y la mandíbula apretada, el joven aventurero se quedó mirando al anciano que seguía inexpresivo. No se había inmutado ante su ataque. Le seguía mirando desafiante con aquellos ojos oscuros. Bullsi descargó su ira contra la mesa, aún con muchas preguntas rondándole la cabeza.

—¿Va a continuar con la misión? —Era lo único que le importaba al anciano. Bullsi le miró con mucha furia.

—¿Por qué me mintió? —El anciano no dijo nada—. ¡Contésteme o me largo de aquí!

—Podría haberse negado, o incluso pedirnos más dinero —Bullsi no se esperaba esa respuesta—. Le ofrecimos lo poco que tenemos —continuó el anciano—. Somos una aldea en crecimiento pero aún somos muy pobres —El joven aventurero intentaba comprender lo que quería decirle—. Ya lo intentamos una vez con otros mercenarios y no quisieron jugarse la vida por tan poco dinero.

«Por eso quería que lo hiciera de día —pensó Bullsi—. Ese era el motivo de todo».

Ahora empezaba a entender muchas cosas. Si lo hubiera matado en su forma de lobo nunca habría sabido de la existencia de aquella bestia y creería que había luchado únicamente contra una manada de lobos.

—Ahora que sabe que se tiene que enfrentar a más peligro por el mismo dinero, ¿nos va a dejar tirados? —le soltó en seco al joven aventurero.

El anciano tenía razón, no pensaba jugarse así la vida por un puñado de monedas. Esta misión era algo muy diferente a lo que se había esperado en un principio. No estaba seguro de si podría completarla con éxito. Nunca se había enfrentado a algo así y podría morir. Pero si renunciaba ahora, demostraría que lo único que le importaba era el dinero en lugar de los valores de un héroe. ¿Era eso cierto? Se contestó a sí mismo diciendo que eso no era verdad. Se excusaba pensando que si no continuaba era porque el enemigo era mucho más poderoso que él.

«Pero esta gente no me creará —se le ocurrió de repente—. Seguro que pensarán que es por el dinero y eso es lo que le dirán a todo el mundo sobre mí... No puedo dejarlo, un héroe nunca abandona una misión — pero no dijo nada en voz alta. Se sorprendió a sí mismo viendo que no le resultaba tan fácil decidirse—. ¿Vale la pena arriesgarme por tan poco? ¿De qué me sirve exponerme a este peligro por unas monedas?... Pero ya me he comprometido a hacerlo —Bullsi odiaba hacer una promesa y luego no cumplirla—. No puedo irme ahora... se supone que soy un héroe, debería lanzarme sin duda alguna a defender a esta gente. ¿Qué me pasa?».

Bullsi se debatía mentalmente. Tenía miedo pero no quería reconocerlo, deseaba irse de allí, el peligro al que se enfrentaba era muy real y podría morir. Pero tampoco se atrevía a decir que no

a toda esta gente que necesitaba su ayuda.

El anciano le estuvo observando mientras el joven pensaba. Se imaginó que su respuesta sería la misma negativa que los otros mercenarios le dieron. Así que aquel hombre más mayor y más sabio buscó algo que le hiciera inclinar la balanza en su favor. Realmente no estaba muy seguro de que Bullsi pudiera conseguirlo. Le notaba demasiado joven, arrogante e inexperto, pero era lo único que podían permitirse y estaba desesperado. Ya había muerto mucha gente y no podía arriesgarse a gastar más tiempo buscando a otro aventurero con ganas de fama y gloria para que los ayudara.

«Con ganas de fama y gloria». Volvió a pensar el venerable anciano. Una idea surgió en su mente.

—Señor Bullsi —Intentó hablar menos agresivo, aunque su voz siempre era cortante y seca—. Como le he dicho, no podemos ofrecerle más dinero, pero creo que tengo algo más que le puede ser muy interesante.

—¿El qué? —dijo desconfiado.

El anciano empezó a andar lentamente por la estancia.

—Ahora mismo estamos viviendo una época muy desgraciada. Voy a serle sincero, estamos desesperados, si esta situación no se arregla... tendremos que marcharnos una vez más y abandonar el poblado —hizo una pausa, quería que Bullsi le prestara mucha atención. El joven aventurero le escuchaba atentamente mientras le seguía con la mirada—. Lo hemos intentado solucionar por nosotros mismos, pero nos ha sido imposible. Necesitamos a un héroe que nos salve. ¿Entiende lo que le digo? Le ofrezco ser el héroe que salve a nuestra aldea de la desaparición —se paró justo enfrente de los telares que había colgados en su tienda para que Bullsi los mirara—. Ya le dije que nosotros registramos todos los acontecimientos importantes que suceden en nuestra historia. Este sería uno de ellos —señaló a los telares—. Formará parte de nuestra historia, su hazaña será inmortalizada en estos telares y contaremos su aventura a todo aquel viajero y mercader que pase por nuestro pueblo. Un día Nueva Bolea será una gran ciudad, y el único que puede evitar que este poblado desaparezca y siga existiendo es usted, Bullsi. Y eso le aseguro que se sabrá en todas partes.

Bullsi se quedó en blanco. Ese hombre le ofrecía el sueño que había estado deseando toda su vida. El motivo por el que se había lanzado a recorrer el mundo en busca de aventuras. Aquella recompensa le resultaba más valiosa que mil cofres llenos de monedas de oro. ¿Cómo no había pensado antes en eso? Las dudas se disiparon de su mente. Por supuesto que iba a continuar, pero no quería que pareciera que ese era su motivo.

—Quizá mi silencio le ha confundido. No tenía pensado abandonarles. Les di mi palabra —pero por si acaso el anciano cambiaba de idea se apresuró a continuar hablando—. Aún así es algo muy generoso por su parte, será todo un honor formar parte de su historia.

En su interior, al Venerable Anciano le reventaba la actitud de Bullsi. En general le molestaba la actitud de todos aquellos mercenarios que solamente se movían por la fama y la gloria y decían llamarse héroes.

«No tenéis ni idea de lo que es el sacrificio». Se decía pensando en todo esto. Durante muchos años él se había sacrificado por el bien de aquel pueblo. Ese era el verdadero valor del héroe. Vivía en una tienda más grande y le daban las piezas de carne más ricas y jugosas, pero él había dado su vida por mantener unida esta comunidad y hasta el fin de sus días estaba dispuesto a hacer

cualquier sacrificio por el bienestar de su pueblo. De hecho, ahora consideraba estar haciendo un sacrificio al tragarse el orgullo y pedir ayuda a ese niño que solo les consideraba un trofeo.

—Pero tenemos que empezar desde el principio. Necesito que me cuente todo para saber a qué me enfrento. —Sus temores habían desaparecido. Ahora se había apoderado de él una gran emoción por encargarse de una misión tan importante y quería demostrar de lo que era capaz. Así que lo primero era conocer todos los detalles posibles de lo que había ocurrido en el poblado.

El anciano empezó por el principio de todo. El origen de su éxodo. Hace muchos años vivían en un castillo de uno de los reinos lejanos del este, más allá de las estepas de Muir. Allí, el anciano y su hermano eran dos jóvenes nobles y el señor feudal del castillo poseía una gran extensión de tierra, pero su ambición era aún más grande y continuamente luchaba para expandir su territorio.

En una ocasión intentó apoderarse de las tierras de otro señor feudal, este contraatacó y el invasor se convirtió en invadido. Hubo muchas batallas y numerosos soldados murieron en todas ellas. Batalla tras batalla, el ejército enemigo llegó hasta el castillo donde vivía el joven Venerable Anciano. Fue una masacre, no se limitaron a conquistar. Su verdadero propósito era destruir el castillo y a todo ser vivo que estuviera dentro. Lanzaron proyectiles de fuego desde las catapultas y los soldados enemigos se abrieron paso con arietes. Asaltaron el castillo y mataron a todo el que se ponía en su camino, fuera soldado o civil.

El Venerable Anciano y su hermano ayudaron a huir a tanta gente como pudieron. Desde otros nobles hasta algunos de los indefensos aldeanos que habían podido guarecerse tras los muros del castillo de su señor. A pesar de su corta edad, los dos jóvenes encabezaron la huida. Se dirigieron al oeste sin ningún objetivo concreto, querían alejarse de allí lo más rápido posible. Eran un grupo muy numeroso y al principio la convivencia fue bastante inestable. Allí había tanto nobles como vasallos. Algunos nobles intentaron seguir manteniendo su posición, pero ya no estaban en el castillo, sino en tierras salvajes donde la ferocidad de los elementos no distinguía castas ni linajes. El Venerable Anciano y su hermano fueron los primeros que intentaron que todos fueran tratados con igualdad. Se dieron cuenta de que era imposible mantener el mismo estilo de vida cuando cada día se arriesgaban caminando por aquellas tierras o iban a cazar algo para comer.

Esto hizo que mucha gente los siguiera y se convirtieran en sus líderes a pesar de su corta edad. Había un montón de sirvientes, varios nobles y unos pocos campesinos. El Venerable Anciano y su hermano ayudaron a que a partir de ese momento lo único que importaba era el bien común, no las clases sociales.

La mayoría de los nobles tuvieron que tragarse su orgullo para poder sobrevivir y aprendieron a trabajar con sus manos. Pero hubo otros que no aceptaban aquello y durante un tiempo hubo conflictos internos. Estos nobles querían ser los líderes del grupo y peleaban entre ellos. Eso creaba un malestar general y ponía en peligro la estabilidad del grupo. Pero debido a su manera de tratar a todos con respeto e igualdad, los dos hermanos se ganaron la confianza de la mayoría de la gente. Ellos dos pensaban que lo importante era el bienestar del grupo: ahora tenían que cuidarse unos a otros en lugar de pensar en sí mismos. Los que no pudieron adaptarse a esta situación fueron víctimas de su orgullo. Los expulsaron o los ejecutaron. Era un juicio duro, pero la gente estuvo de acuerdo en las decisiones que se tomaron. Los miembros de ese grupo les veneraban, sentían que de no ser por ellos dos todos habrían muerto en el ataque al castillo. Otro motivo por el que les apoyaron fue porque se dieron cuenta de que ellos eran los únicos que se

preocupaban por el bien de todos, en lugar de por su propio bien.

Se sentían seguros con su liderazgo y creían en todo lo que les decían sobre la unidad del grupo. Adoptaron esa manera de pensar como un dogma, rechazando a cualquiera que intentara perturbar la estabilidad de aquella pequeña comunidad. Lo importante era seguir hacia adelante para que el grupo sobreviviera.

Viajaron durante años como nómadas si encontrar un lugar donde poder establecerse. Eran un grupo muy numeroso y no les dejaban quedarse en ningún lado, además de que durante mucho tiempo se sintieron inseguros, temiendo que el enemigo que había asaltado el castillo hubiera ido en su búsqueda.

Atravesaron las duras tierras de las estepas de Muir. Allí era imposible levantar un poblado y el grupo disminuyó bastante. Los cambios tan extremos de temperatura entre la noche y el día y las bestias salvajes acabaron con los más débiles. Pero, a pesar de las lamentables bajas, nunca dejaban de seguir hacia adelante. Pasadas las estepas continuaron su eterno viaje. Básicamente se alimentaban de lo que cazaban, pescaban o algunos frutos salvajes que encontraban.

No estaban hechos para ser nómadas. Necesitaban buscar un lugar donde establecerse o acabarían muriendo todos. Era algo que todos sentían en sus corazones. Fue idea de su hermano el buscar un lugar donde vivir. Llevaba observando durante un tiempo cómo la moral caía desmesuradamente. Muchos de ellos llegaron a pensar que esa vida era peor que haber muerto.

La búsqueda no fue nada fácil. Casi era más difícil que vagar por las estepas. Fuera adonde fueran, las tierras que se encontraban ya pertenecían a algún señor feudal. Algunos les amenazaban con matarles si no salían de sus tierras y otros les dejarían quedarse si pagaban un tributo. Siguieron buscando su camino, no habían pasado todo aquello para volver a someterse a otro señor feudal. Querían encontrar su propio sitio al que llamar hogar.

Los señores feudales no eran los únicos peligros. En ocasiones, se metieron demasiado en tierras dominadas por seres monstruosos como orcos y ogros. Salieron de esos lugares a duras penas. Perdieron a muchos en su travesía hasta que finalmente salieron del reino de Ralea, que era un lugar dominado por señores feudales, y llegaron allí, a la región de Ural. El sitio perfecto para ellos: esta extensa tierra estaba aún sin ser ocupada en su totalidad. Allí a lo largo de los siglos se habían formado algunas ciudades-estado que comerciaban entre ellas. Era el tipo de sociedad que buscaban.

Montaron su campamento provisional. No estaban seguros de que esa tierra no perteneciera a nadie, no era la primera vez que les pasaba. Se encontraban en un punto intermedio entre la ciudad de Martimar, que ya pertenecía al reino de Ralea, y la ciudad-estado de Raus. Estuvieron varios meses explorando la zona y recopilando información sobre las delimitaciones de las ciudades cercanas. Tras mucho trabajo, corroboraron que esa tierra no pertenecía a nadie.

Tenían un frondoso bosque lleno de animales con los que alimentarse y un caudaloso río de agua fresca y dulce para abastecerlos a todos. En ese momento no existía ningún tipo de monstruo o seres demoniacos como el que les atormentaba actualmente. Era el lugar idóneo en el que establecerse. Por fin habían encontrado un sitio al que llamar hogar.

Eligieron el nombre de Nueva Bolea en memoria a su lugar natal. Lo hicieron para recordar de dónde venían y no cometer los mismos errores que su señor feudal. No buscaban expandir sus dominios, solamente deseaban un sitio en el que poder vivir.

Algunos de los miembros del grupo habían estado trabajando en las granjas del castillo y

supieron reconocer fácilmente las zonas que podrían ser cultivadas. Parecía un sueño hecho realidad después de tantas penurias y viajes de un lado a otro. Algunos ya pensaban que nunca iban a encontrar la paz.

Deseaban tanto encontrar un hogar que todos se tomaron muy en serio el levantamiento del poblado y trabajaron muy duro. En muy poco tiempo aquel campamento provisional tenía el aspecto de una pequeña aldea que llevara existiendo décadas.

Hubo otro factor inesperado que influyó positivamente en su crecimiento. La ruta comercial entre Raus y Martimar estaba muy cerca y realmente los viajeros y mercaderes agradecieron tener un punto intermedio donde descansar o reponer provisiones. Antes tenían que hacer el viaje sin descanso o parar en mitad de la carretera donde estaban expuestos a bandidos y animales salvajes. La aldea no poseía excedentes para comercializar, pero sí podían ofrecerles comida y descanso a cambio de unas monedas.

Al ver la cantidad de gente que pasaba por allí decidieron crear un lugar más confortable y construyeron un refugio de madera. Desde entonces, numerosas carretas y viajeros habían pasado por aquel poblado. Lamentablemente, desde que empezaron los ataques y se expandió el rumor por la zona de que había una bestia acechando al poblado y sus alrededores, muchos mercaderes se habían desviado por otra ruta aunque fuera más larga y algunos viajeros evitaban acercarse.

—Me habéis hablado mucho de vuestro hermano, pero aún no le conozco —preguntó Bullsi.

El anciano le contestó con su habitual sequedad.

—Mi hermano murió a manos de la bestia.

Bullsi no se acostumbraba a la sequedad del Venerable Anciano. Le parecía una persona muy insensible.

—Lamento su pérdida. —Le dijo.

—Yo también lamenté su pérdida por aquel entonces. Si algo hemos aprendido los miembros de este pueblo es que nadie está a nuestro lado para siempre, pero sí su recuerdo. —Señaló algunos de los telares que había colgados en la pared. El anciano puso el dedo en dos figuras que encabezaban un grupo numeroso de gente—. Aquí estamos los dos.

Bullsi no pudo reprimir el pensamiento de verse allí representado dentro de poco tiempo y ser recordado igual que el hermano del anciano. Le había fascinado lo que le había contado. Nueva Bolea estaba creciendo y él quería formar parte de su historia, sobre todo si se le iba a recordar como el salvador de aquel sitio.

—¿Cuándo apareció por primera vez la bestia?

El Venerable Anciano le contó que su hermano había sido una de las primeras víctimas. A pesar de su avanzada edad aún salía a cazar, decía que eso afianzaba la confianza depositada en ellos. Fue un día como otro cualquiera, salieron a cazar las piezas diarias, pero jamás regresó ninguno de los miembros de aquel grupo. Unos dos días después comenzaron los ataques. Una manada de lobos atacó a un grupo de campesinos y mataron a dos. Uno de ellos escapó de milagro y les contó lo que había sucedido. Lo primero que hizo el anciano fue organizar una partida de cazadores para ir tras ellos. Ninguno volvió y los ataques continuaron.

Durante un tiempo solo estuvieron atacando ganado por la noche. Llenaron el bosque de trampas pero siempre las esquivaban. No tardaron en volver a matar a gente. Una noche se metieron dentro del poblado y atacaron una de las tiendas más alejadas. Sus víctimas pudieron dar la alarma antes de morir. Fueron todos a ayudar, pero fue inútil, se quedaron paralizados por el

terror. Junto a los cuerpos sin vida de sus vecinos estaba la bestia acompañada de unos lobos. Un par de valientes intentaron atacarles pero la bestia aplastó sus cabezas con sus garras. En esa ocasión cogió los cuerpos y se los llevó. El Anciano imaginó que sería para alimentarse de ellos.

Al día siguiente, envió a un pequeño grupo de exploradores. Mientras, los ataques continuaban. La mayoría eran por la noche, casi nunca de día. Sus víctimas habituales eran las tiendas más alejadas o los campesinos que hacían noche en el monte con el rebaño. Eran ataques rápidos y directos. Los mataban y se alimentaban del cuerpo en ese mismo momento si nadie les interrumpía. El anciano y varias personas intentaron comprender la estrategia de aquella bestia, pero no encontraron un patrón. Los días que atacaba eran aleatorios al igual que el tipo de víctimas. Unas veces humanos y otras se conformaba con matar ganado.

Tampoco vieron lógica alguna en las apariciones de la criatura. A veces venía con el resto de lobos y otras no. Cuando algunos de los exploradores regresaron contaron varias cosas interesantes. Habían encontrado la guarida de la bestia y uno de ellos fue también testigo de la misma transformación que había visto Bullsí horas antes. Fue difícil creerle, pero el terror que había en sus ojos no dejaba duda de que había visto algo fuera de lo normal.

Llegaron a la conclusión de que la bestia salía solamente de noche. Así que prepararon un ataque por el día para destruir la madriguera y a la bestia en su forma de lobo. Pero tampoco regresó nadie de aquella misión. El anciano dejó de atreverse a enviar más hombres a una muerte segura. Necesitaba gente acostumbrada a luchar, así que decidió mandar a varias personas del poblado en busca de mercenarios y aventureros que pudieran ayudarles. No fue difícil encontrar a alguien, en aquellos tiempos cualquiera alquila su espada. Pero cuando contaban su problema y la cantidad de dinero que podían pagarle la gente no hacía más que negarse. Nadie estaba dispuesto a arriesgar su vida para ayudarles por unas pocas monedas. A la vez que buscaban ayuda, continuaban los ataques y las muertes.

Bullsí se sintió un poco mal al oír que otros compañeros de profesión se habían negado a hacer aquel trabajo, anteponiendo el dinero a hacer lo correcto. Él mismo había dudado.

«Si el anciano no me hubiera ofrecido formar parte de su historia, ¿lo hubiera hecho?». Se preguntó a sí mismo. Para tranquilizarse se contestó que seguro que hubiera aceptado. Solamente había dudado por un momento, pero él no era como esos otros mercenarios. De hecho, él nunca se había considerado un mercenario, sino un aventurero, un héroe que siempre acaba haciendo lo correcto, a pesar del miedo y la duda, porque así es como actúan los héroes de verdad.

—¿Por qué no han intentado pedir ayuda para que envíen a un ejército?

—Porque esta tierra nos pertenece a nosotros. Los señores de las ciudades más cercanas no han querido saber nada. La solución era encontrar a alguien como usted. Pero si no puede hacer nada, la única opción que queda es volver a emigrar.

—Ni siquiera he podido empezar. Ahora que ya sé todo esto puedo pensar un plan.

—¿Cuánto va a tardar Bullsí? No puedo permitir que mi gente vuelva a sufrir otro ataque.

—No lo sé. La clave es la bestia. Tiene que usar algún tipo de magia o poder para controlar a los lobos. No creo que haga falta cazar a los animales, solo hay que matar a la criatura. Eliminando a la cabeza, el cuerpo no se sostendrá. —Por fin había encontrado una ocasión donde decir esto en una historia que fuera cierta—. Vigilaré unos días a la criatura para encontrar su punto débil. Luego...

—Un día Bullsí, le doy un día. —Dijo tajante.

—Eso no es justo... tengo que saber ma... —Reprochó Bullsi.

—Tampoco es justo que mi pueblo esté siendo masacrado por una bestia inmunda. —Le cortó el anciano—. Ya encontramos un lugar donde vivir una vez y podremos volver a hacerlo.

La ira y la frustración inundaban al joven héroe, odiaba no poder hacer las cosas como a él le gustaba. A pesar de eso, llegó a la conclusión de que no le iba a servir de mucho acabar con la bestia si ya no había un pueblo al que salvar. A regañadientes trazó un plan alternativo más directo.

—Va a amanecer dentro de muy poco. Si lo que cree es cierto, la bestia tendrá una forma de lobo y seguramente sea más vulnerable. Iré y me enfrentaré a la criatura ahora mismo. Le prometo que acabaré con su vida cueste lo que cueste —dijo muy serio. Quería que ese hombre notara que se lo estaba tomando muy en serio.

—Un día Bullsi, recuerde, un día nada más.

Bullsi salió de la tienda apresurado. Estaba molesto por las prisas que le había metido el líder del pueblo y por otro lado no le gustaba hacer promesas que quizá no pudiera cumplir. No estaba seguro de si podría vencer a la bestia aquel mismo día. Era un ser muy grande, fuerte y, por lo que había visto, bastante inteligente. Le hubiera gustado pensar un plan más elaborado. Quería haber dedicado varios días a vigilar a la bestia y a los lobos, así sabría en qué momento eran más vulnerables. Con toda esa información prepararía una trampa con la que fulminarlos a todos. Hubiera demostrado que él era más listo que esa criatura. Pero no había tiempo para planes elaborados y podía esperarse cualquier cosa por parte de la bestia.

Fue hasta su tienda y cogió otra pócima explosiva. Luego pasó por las tiendas donde estaban sus dos hombres heridos y comprobó que tanto Roan como su compañero aún vivían. Uno de ellos perdería la pierna, pero viviría. A su lado estaba el hombre que le había acercado a la madriguera.

—Sentimos no haberle dicho nada antes, pero se nos ordenó que no le rebelásemos más información —dijo Roan.

—No os preocupéis. Como te dije, tenía que haberme ocupado de esto yo solo. Me alegro que estéis bien, descansad y recuperaos.

Salió de la habitación y miró al cielo que ya empezaba a clarear. No tenía tiempo que perder y se lanzó a la carrera hacia el bosque. Prefirió ir a pie para ser mucho más sigiloso.

Mientras corría iba pensando en un plan sencillo y directo. No podía contar con nadie más, ahora mismo estaba solo contra ese monstruo y sus lobos. El objetivo principal era aquella criatura. Estaba bastante seguro de que los animales atacaban al pueblo porque esa bestia influía en ellos. Era un plan muy básico: mata a la cabeza y el cuerpo se desplomará.

## V

**Y**A era de día cuando Bullsí llegó a las proximidades de la cueva. Se sorprendió al no ver ningún rastro de nada ni de nadie. Ni siquiera estaban los cuerpos de los lobos caídos.

Se acercó muy cauteloso, escondiéndose entre el ramaje. Observaba el entorno antes de moverse, sus pasos eran rápidos y sigilosos. Pero llegó el momento en el que tenía que salir a campo abierto para llegar a la cueva. Justo había un pequeño claro entre la espesura y la boca de la madriguera que lo dejaba en una posición de clara desventaja. Aquello era demasiado sospechoso, no se fiaba nada, ya había comprobado la inteligencia de aquella criatura y no quería subestimarla. Pero, por muy bestia que fuera, necesitaba descansar, por lo menos los lobos. El joven aventurero llegó a la conclusión de que quizá estuvieran durmiendo dentro. Así que decidió entrar en la cueva para comprobarlo, podría ser una buena oportunidad.

Salió de su escondrijo y cruzó el claro con mil ojos puestos en todos los sitios, expectante a oír cualquier ruido que le pudiera avisar de que eso era una trampa. Podría serlo perfectamente, pero el tiempo se le estaba acabando y no podía pensar en otro plan en ese mismo momento. Deseaba que la suerte le acompañara. Si los lobos estaban durmiendo allí dentro, los podría eliminar de un solo golpe. Sacó todo el coraje que tenía y entró en la cueva.

El hedor a animal era bastante insoportable, eso era algo a lo que Bullsí no llegaba a acostumbrarse.

«¿Por qué tienen que oler tan mal los monstruos?». Se decía a sí mismo para aplacar su nerviosismo e intentar tranquilizarse. Estaba en suelo enemigo y no sabía lo que se podía llegar a encontrar.

Sus pasos eran muy suaves, apenas generaban un ligero eco. Era lo único que se oía, el silencio reinaba en aquel lugar oscuro, no soplaba ni una brizna de aire. El joven héroe se encontraba en una cueva bastante amplia, de un solo túnel que parecía que no tenían fin. Se fue adentrando lentamente y, a medida que avanzaba, la oscuridad le iba atrapando.

No quería encender ningún fuego, el olor podría alertar a los lobos, así que avanzaba muy despacio y con mucha prudencia. Apenas veía nada. Era casi imposible distinguir algo a más distancia de un metro. A lo lejos, algo llamó su atención. Un fino haz de luz atravesaba la pared de la cueva. No había nada más alrededor y el túnel solo avanzaba en esa dirección, así que continuó.

Unos ojos brillantes se fijaron en Bullsí y este se escondió tras una roca. Pidió a los dioses que no le hubieran visto. No escuchó nada, así que el joven aventurero se atrevió a mirar y volvió a encontrarse con aquellos ojos.

Eran muy relucientes y le miraban directamente, pero no eran unos ojos vivos. El joven héroe se levantó y se acercó. Bajo el haz de luz había una estatua de una criatura que se parecía enormemente al monstruo que había visto el día anterior. Estaba esculpida de manera muy tosca, pero se podía apreciar su similitud.

Aquellos ojos brillantes eran dos piedras preciosas colocadas en las cuencas de los ojos. Eran muy hermosas y tuvo la tentación de cogerlas, pero el miedo pudo con Bullsí. No quería que se supiera que había estado allí y además aquella estatua le ponía muy nervioso, no deseaba nada que tuviera que ver con ella.

Siguió observando la estatua. A los pies de esta, en la base, había una inscripción, pero él no sabía leer y no supo que decía. Memorizó aquellas letras para llevarlas a la aldea. Quizá alguien podría darles un significado. Quizá fuera una pista importante sobre la criatura. Miró a su alrededor pero no había más que oscuridad. Ningún signo de vida por ninguna parte. No podía hacer nada más allí. Salió de la cueva más confuso que nunca.

«¿Qué hacía esa estatua allí? ¿Qué significaban aquellas palabras? ¿Qué tenían que ver con el monstruo? Y lo más extraño todavía, ¿Por qué no había visto a ningún enemigo?». Todas estas preguntas se arremolinaban en su mente sin conseguir una respuesta clara. Creyó que lo mejor era volver al poblado para contar lo que había conseguido. Quizá tuviera una buena pista y podría pedirle al anciano más margen en el plazo. Se internó a toda velocidad en el bosque.

De lo que no llegó a percatarse en todo el tiempo que estuvo allí, era que había sido observado todo el rato por el gigantesco lobo negro. Se había estado ocultado entre las sombras más profundas de la cueva.

Aquel lobo sentía alegría en su interior, si es que aún podía recordar lo que era la alegría. Notó una pequeña esperanza creciendo en su interior, su plan parecía que estaba saliendo bien. Había aprovechado las primeras horas del día cuando los poderes del monstruo eran más débiles. Descubrió al aventurero mientras este se dirigía hacia la cueva y ordenó a los demás lobos que se alejaran del lugar, quería que el joven encontrara lo que vio en la cueva. Desde el día anterior estuvo pensando que quizá él era la clave para poder ayudarlo y terminar con su sufrimiento. El lobo volvió al interior de la madriguera y se dirigió a la estatua.

«Voy a acabar contigo». Le dijo mentalmente a Lumnimus

Los ojos en la piedra comenzaron a brillar más intensamente. El lobo empezó a gemir de dolor y a sacudir la cabeza violentamente. Aquella horrible sensación de opresión le había pillado desprevenido.

«¡Sé lo que intentas hacer, pero es inútil!». Le gritó dentro de su cabeza.

«¡No! —se resistió la mente que estaba dentro del lobo—. Tú estás aquí por mi culpa y voy a arreglar el error que cometí». Lanzó un gruñido de odio hacia la estatua

Los ojos brillantes cogieron más fuerza y el gran lobo se lamentó de dolor a la vez que sus fuertes patas le dejaban caer en el suelo. El animal volvió a abrir los ojos, pero su mirada había cambiado, los ojos azules habían sido sustituidos por un leve resplandor rojizo.

«¿De verdad creías que no me iba a dar cuenta? —la voz de Lumnimus retumbaba dentro de la cabeza del lobo—, veo todo lo que tú ves y oigo todos tus pensamientos. No me dejas otra opción. Iba a convertirlos en esclavos pero ya me he cansado de ti. Antes de que tu alma desaparezca del todo, vas a ver morir a tus queridos aldeanos».

El ente aún no tenía el control del cuerpo y aquella mente seguía resistiéndose. Pero después

de lo que había hecho su paciencia llegó a su límite. Tenía que acelerar sus planes, así que iba a obtener el control de ese cuerpo de inmediato. Se había dado cuenta de que aquella gente era el punto débil de la mente. Ellos eran el único motivo por el que aún no se rendía. Una vez que la aldea y sus habitantes dejaran de existir no tendría nada por lo que luchar y la mente sucumbiría. Entonces, conseguiría el control total y podría volver a buscar a más humanos que fueran sus esclavos y formaran parte de su ejército.

Odiaba tener que cambiar sus planes, ya había decidido que aquellas personas serían los primeros que tendrían el honor de servirle. Pero pensó que la situación se le estaba alargando y complicando. Su plan podría peligrar, así que tendría que tomar medidas más radicales.

Salió de la cueva y empezó a aullar.

Su aullido se oía por todos lados del bosque. Lo oyeron las ardillas que estaban en lo más alto de los árboles y hasta los pájaros que volaban. Lo escucharon todos los lobos, que estaban dispersados por el bosque esperando las órdenes de su señor.

El joven aventurero al llegar al poblado no perdió ni un segundo y fue a ver al anciano directamente.

—¿Habéis acabado con la bestia? —dijo con su habitual rudeza.

—No, pero he encontrado algo muy interesante.

El anciano era reacio a escuchar, pero dejó que Bullsí relatara la exploración de la madriguera y lo que había encontrado allí. El Venerable Anciano estaba ya muy cansado de todo aquello y no lo interpretó de la misma manera, no vio que fuera algo relevante el que hubiera una estatua con la forma de la bestia dentro de la cueva.

—Quizá la estatua en sí no es nada, pero había unas inscripciones ¿Hay alguien en el poblado que pueda leer esto? —cogió papel y un carboncillo que había en una de las mesas de la tienda y empezó a garabatear—. No sé escribir muy bien, pero recuerdo que las letras tenían estas formas —cuando terminó se lo enseñó al anciano, que estaba igual de poco interesado que hacía un momento.

—Es un lenguaje un poco antiguo, no sé su significado —se acercó un momento a la puerta y le dijo algo al hombre que hacía de guardia—. Va a venir alguien que podría decirnos algo —le dijo a Bullsí—. Pero si esto no nos da la clave, daré la orden de marcharnos. Podrían hacer en cualquier momento otra incursión y no quiero estar aquí para cuando eso ocurra.

Al poco llegó un hombre más mayor que el propio anciano, incluso necesitaba la ayuda de un bastón para poder caminar. El líder de la aldea le dijo que él había sido el bibliotecario en el antiguo castillo donde vivían y que quizá podría reconocer el mensaje. El hombre cogió el pergamino en el que Bullsí había garabateado y lo miró con bastante interés. Dijo que, aunque las letras no se entendían muy bien, reconocía el idioma.

—Es bastante antiguo, pero creo que puedo traducirlo —Lo examinó durante un rato. Fueron unos minutos, pero al joven aventurero le parecieron horas—. Arrodíllate ante... Lim... Lum...Lumni... Lumnimus, el Espíritu de las Bestias... y siente... todo su poder... crecer en tu interior... ¿Esto estaba escrito a los pies de una estatua con la forma de la bestia? —Bullsí afirmó con un gesto de cabeza y el bibliotecario volvió a sumirse en sus pensamientos—. En nuestra tierra ha habido muchos cultos a espíritus de todo tipo, tanto benignos como malignos. Recuerdo que tenía varios libros sobre esto en la biblioteca.

—¿Había alguno sobre este espíritu? —Preguntó con esperanza el joven aventurero.

—No recuerdo este en particular, pero, por lo que sé, estos... adoradores de espíritus, utilizan objetos para comunicarse con ellos. Suele ser algo representativo, como un ídolo con la forma corpórea del espíritu. Normalmente los usan en ceremonias en las ofrecen algún sacrificio.

—¿Entonces esa bestia es un espíritu? ¡No puede morir! —Bullsi se empezó a alarmar.

El Venerable Anciano siguió impasible por fuera, pero por dentro la poca esperanza que le quedaba se apagó totalmente. Solo veía una solución posible y no quería perder más tiempo. Iba a dar la orden cuando el bibliotecario continuó hablando.

—Sí y no —El Venerable Anciano se quedó escuchando—. Los espíritus son seres de otro mundo. La única manera de llegar a este plano de existencia es a través de portales. En este caso, posiblemente la estatua. Pero aún así, no es suficiente con eso. Al llegar a este mundo pierden su forma corpórea. Son por decirlo de alguna manera... una fuerza invisible como el aire. Pero en ese estado no pueden sobrevivir en nuestro plano. Necesitan que su esencia se aloje en un cuerpo vivo para poder seguir aquí.

—¿Tiene que meterse en un cuerpo para poder vivir? —Preguntó Bullsi.

—Exactamente. Eso es lo que quiere decir la inscripción del pedestal «siente como su poder crece dentro de ti». Eso significa que el espíritu entra a este mundo a través de la estatua y domina un cuerpo.

—¿Entonces ha debido poseer a un lobo! —dijo Bullsi en voz alta—. Debe meterse en el cuerpo del animal por la noche para transformarse... —continuó pensando en voz alta—. Pero no, eso no puede ser, hemos visto que también controla el cuerpo del lobo y a los demás lobos durante el día. ¿Por qué solo tiene forma de bestia por la noche?

—No lo sé. Este espíritu es un ser de la oscuridad, quizá únicamente pueda usar todo su poder por la noche. Aún así tiene un comportamiento extraño. Por lo que recuerdo, el espíritu suele poseer temporalmente a alguien mientras dura la ceremonia y luego regresa a su mundo, pero en este caso parece que el espíritu está siempre dentro del cuerpo del animal.

—¿Por qué haría eso? —dijo el joven aventurero.

—Lo ignoro — contestó el viejo bibliotecario

Por unos instantes los tres permanecieron en silencio sumidos en sus pensamientos.

—¿De qué nos sirve todo esto? —irrumpió bruscamente el Venerable Anciano—. ¿Cómo podemos matar al espíritu?

El anciano bibliotecario respondió con algo de nerviosismo. Era un hombre muy tranquilo pero no sabía lidiar con las situaciones tensas.

—No sé si matarle sería el término correcto... pero, si no recuerdo mal, hay varias maneras de vencerle.

—¿Cómo hacemos eso? —Preguntó Bullsi ansioso por encontrar una respuesta que le ayudara a vencer al enemigo.

El bibliotecario empezó a titubear. No le gustaba ser observado y estos dos hombres le miraban expectantes para que diera una respuesta.

—Depende..., depende de si ha transferido toda su esencia al cuerpo del lobo o aún está en proceso —dijo temeroso por si la respuesta no había dejado satisfechos a sus interlocutores.

—¡Explícate mejor! —le ordenó el Venerable Anciano.

—Si aún no ha terminado el proceso —continuó nervioso—, su esencia... no está completamente en nuestro mundo... está fluyendo constantemente desde su plano al cuerpo del lobo

a través del portal. Si la bestia muere, el ánimo volverá a su mundo.

—¿La única manera de vencer al espíritu es luchando cuerpo a cuerpo? ¿Qué pasaría si destruyo la estatua? —quiso saber Bullsi.

—La fuente de la esencia está al otro lado, por lo que el espíritu quedaría atrapado en su mundo —le contestó el bibliotecario.

—¿Y con lo que ya ha sido...transferido a este mundo? —Continuó preguntando el guerrero.

—Si el huésped no está muy corrompido, se desvanecerá. Pero si está en un estado muy avanzado... tal vez podría usarlo como un nuevo portal y regresar a nuestro mundo otra vez.

—Está claro que ha terminado. De lo contrario no podría controlar el lobo a todas horas —dijo Bullsi.

—Eso es lo que parece, pero no lo sé con seguridad. Si el proceso ha finalizado ya no usa el portal para nada y no sería de ninguna utilidad destruirlo.

—Si ha completado el proceso y mato a la bestia, ¿el espíritu morirá? —preguntó el joven héroe.

—Sí. —Dijo el bibliotecario.

—¿No saldrá después e intentará poseer a alguien? —Preguntó Bullsi.

—No. Ha creado un vínculo exclusivo con su huésped. Es el precio que paga por obtener un cuerpo en este mundo de manera permanente. Por eso me parece un comportamiento extraño. Si muere el huésped, el espíritu no podrá sobrevivir en este plano y se desvanecerá.

—¿Cómo podemos saber si ha terminado? —quiso saber el joven aventurero.

—No lo sé, lo siento —contestó el bibliotecario.

—No pasa nada, mataré a la bestia y luego destruiré el ídolo. Es la única manera de estar seguros de que el espíritu no pueda regresar. —Determinó el joven héroe—. Esto es una gran noticia...

—¡No me está dando ninguna solución Bullsi! —dijo el anciano elevando la voz—. ¡Le di un día para que venciera a la bestia y lo único que ha hecho ha sido perder el tiempo!

—Pero ya sabemos que se puede matar a la bestia...

—¿De qué nos sirve eso?! —el anciano estaba furioso—. Lo que le pedí es que descubriera cómo acabar con la criatura y que la destruyera. Esto no son más que especulaciones. Es usted un inútil —Bullsi iba a contestar pero el anciano no le daba oportunidad de rebatirle, seguía hablando en voz alta y muy cabreado—. ¡Se acabó! no voy a estar más tiempo buscando cómo matar a ese monstruo. Puede volver a atacarnos mientras tanto y no estoy dispuesto a permitir que nadie más muera. —Dijo tajante.

Se acercó al guardia sin dejar que Bullsi reaccionara a lo que había dicho. En ese momento El Venerable Anciano dio la orden para que empezaran los preparativos.

Su pueblo volvía a buscar un hogar.

Desde lo alto de una piedra el gran lobo negro miraba el poblado. Estaba deseoso de matarlos. Hubiera preferido que fueran sus esclavos, pero no podía arriesgarse.

Quería muchos esclavos, miles de esclavos. Varios siglos atrás tenía muy pocos, se conformaba con un puñado de seguidores que le adoraban en aquella cueva. Recordó las ceremonias en las que le ofrecían sacrificios humanos. No le hacía falta salir de aquella caverna. Podía permanecer en su mundo hasta que sus súbditos llamaran para adorarle. Entonces usaba el portal y poseía durante la ceremonia al chamán. Era una transferencia temporal, solamente

controlaba el cuerpo en su forma humana. Recibía con gusto los sacrificios y volvía a su mundo.

Por aquel entonces con eso se conformaba. Pero eran muy pocos los acólitos y murieron todos en un solo día. En esa época había guerras continuamente y un grupo de soldados, de un ejército olvidado, arrasó a todos sus adoradores en una batalla que no tenía nada que ver con ellos. Desde entonces había permanecido encerrado en su plano de existencia.

Pasaron varios siglos y durante ese tiempo estuvo pensando mucho. Llegó a la conclusión de que había llegado a esa situación por tener pocos súbditos. Si hubiera tenido más acólitos y su propio ejército, estos habrían podido con aquel ataque y aún tendría a gente que le adorara. Se dijo que cuando regresara haría las cosas de manera diferente.

Siglos más tarde apareció una oportunidad y poseyó un cuerpo. Esta vez no podía conformarse con una transferencia temporal. Para conseguir su propósito, él mismo tendría que andar por este mundo. Era el único modo si quería someter y esclavizar al mayor número de gente posible. Así que la solución era realizar una transferencia completa a un cuerpo mortal.

Pero este tipo de traspaso requería tiempo y no era lo mismo meterse en la mente de un chamán, que estaba dispuesto y deseoso de aceptar ese regalo, que en otra que le estaba rechazando desde el primer momento.

Lo fácil fue poseer el cuerpo de manera temporal e implantar su marca. De esta manera había creado una conexión directa entre su mundo y el cuerpo mortal, utilizando el ídolo como canalizador de esta energía.

A partir de ese momento, aunque no estuviera cerca de la estatua, la esencia del espíritu se transmitía poco a poco y de manera continua al huésped. Los intentos de la mente original por controlar el cuerpo consiguieron ralentizar el proceso, pero nunca pararlo. Mientras Lumnimus iba cargándose de poder y fuerza, la mente mortal se debilitaba por sus esfuerzos.

El siguiente paso fue convertir el cuerpo poseído en una de sus bestias. De esta forma, se facilitaba el proceso de transformación que ocurría todas las noches. También era el mejor modo para transferir su esencia de manera completa y además así impedía que se comunicara con la aldea para pedirles ayuda.

A pesar de sus intentos, el huésped se las había ingeniado para que ese mercenario viera la estatua. Si se lo contaba a los aldeanos y descubrían lo que significaba realmente, intentarían destruirla arruinando sus planes para siempre. Estaba cerca de conseguir todo su poder, pero no podía arriesgarse.

«Hubieran sido unos buenos esclavos, pero ahora van a morir todos por tu culpa. —Le dijo a la otra mente que ocupaba el cuerpo—. Llevas todo este tiempo intentando salvarles y tú mismo les has condenado».

La mente mortal oía los pensamientos de la bestia y miraba al poblado desde lo más profundo de la cabeza del lobo. Observaba todo aquello aterrado y deseando que no fuera verdad. Iba a ser testigo de una carnicería una vez más contra gente inocente y esta vez iba a ser devastadora. Tenía que volver a tomar el cuerpo para intentar parar esa matanza. Se sentía débil. El espíritu lo había estado engañando haciéndole pensar que tenía más control cuando en realidad se estaba reservando. Pero aún no se había dado por vencido, lucharía con todas sus fuerzas. Tenía que encontrar a aquel mercenario. Deseaba que hubiera descubierto lo que significaba la estatua y así poder ayudarle a vencer al espíritu para siempre.

Bullsi discutía acaloradamente con el anciano en la tienda. Estaba intentando que recapacitara

y cancelara la orden de marcharse. Aquella situación estaba siendo una oportunidad muy buena para conseguir ser un héroe y aquel viejo la estaba echando a perder. El Anciano se mantenía firme y decía que su decisión era irrevocable. A la vez que ellos estaban sumidos en su discusión, un infierno se desencadenaba en la aldea.

## VI

**A**ULLIDOS y gritos salieron de la nada. Bullsí salió de la tienda y presencié una pesadilla. Decenas de lobos estaban por todos lados atacando y asesinando a los indefensos aldeanos. El Venerable Anciano quiso salir, pero el joven aventurero no se lo permitió.

—¡Quiero ayudar a mi pueblo! —gritaba con todas sus fuerzas.

—Le necesitan para cuando esto termine. ¡Quédese ahí dentro! —le ordenó Bullsí.

De un empujón le metió al interior y ató con una cuerda la puerta de la tienda para que no pudiera salir. No aguantaría mucho, pero quizá lo suficiente para encontrar al gran lobo negro.

Realmente se había complicado la cosa, ya no bastaba con matar a la bestia, tenía que acabar con ella y destruir la estatua para asegurarse de que no volviera a aparecer nunca más.

«Era la única solución». Se dijo Bullsí.

El joven héroe se armó de valor. Era para esto por lo que había salido de su aldea natal. Quería ser un héroe y ahora tenía la oportunidad de lograrlo salvando a toda esa gente de aquel espíritu. Iba a sacar todas sus fuerzas para conseguirlo, costara lo que costara.

Algunos aldeanos se estaban defendiendo con palos, picos, martillos o cualquier herramienta que tuvieran a mano. Esta vez no era una incursión, les estaban aniquilando. Los lobos atacaban de dos en dos o de tres en tres, desgarrando la carne de sus víctimas de manera rápida y mortal. No los devoraban como lo habían hecho otras veces. Atacaban, mataban e iban a por el siguiente.

Bullsí desenvainó a *Demoladora* y fue arremetiendo contra cada animal que se encontraba por delante. El lugar estaba lleno de enemigos pero ninguno era el que le interesaba.

Un gran lobo gris saltó hacia él y lo derribó al suelo, provocando que soltara la espada. El aventurero intentó coger su daga mientras se zarandeaba en el suelo para que el feroz animal no le rebanara el cuello. Bullsí consiguió alcanzar el arma y se la clavó una y otra vez con furia a un lado del cuello. No paró hasta que el animal se quedó inmóvil.

El joven héroe se tomó un momento para coger aliento con el animal aún encima de él. La sangre manaba de su gaznate y le estaba bañando, pero le costaba moverse teniendo a la bestia encima. Cogió fuerzas y apartó a un lado al pesado lobo.

Tenía el pulso totalmente acelerado y por un momento no sabía qué hacer. El valor que había sacado momentos antes empezaba a menguar. Esas personas habían confiado en él y no había conseguido nada. Las piernas le temblaron, nunca se había enfrentado a algo así. Era la misión más peligrosa de toda su vida. ¿Aún podía salvarles? ¿Quedaría alguien vivo a quien salvar? Miró a su alrededor y la esperanza empezó a apagarse, aquello estaba siendo una masacre. ¿Este

es el héroe que creía que era? ¿Debería irse y salir de allí? No podía pensar con claridad en ese momento.

Un grito muy agudo le hizo mirar a un lado. Un niño estaba siendo perseguido por uno de ellos. Ambos iban directos hacia el aventurero, que seguía paralizado. El niño al verle le reconoció y le pidió ayuda. Bullsí no dijo ni hizo nada. El pequeño llegó a su posición y se escondió detrás de su cuerpo. El lobo estaba solo a unos metros y se disponía a saltar. Entonces...

Bullsí apartó al niño de un golpe y él rodó sobre sí mismo para coger su espada. Se levantó y hundió la hoja en el lomo del lobo antes de que saltara. El animal murió en el acto. El joven aventurero miró al niño que estaba aún en el suelo, agachado, llorando y gritando de terror.

—Tengo que ir a por el más grande. No te muevas de aquí. Si vuelven...

—¡No! ¡No me dejéis señor! —dijo el niño entre lágrimas. Estaba totalmente desesperado y se agarraba a las piernas del guerrero con toda su fuerza. Bullsí no sabía qué hacer. Era igual de peligroso dejar al niño allí como llevárselo con él. Apenas tendría ocho años.

Miró alrededor. Las tiendas no eran muy seguras, muchas habían sido destrozadas a zarpazos. Todo lo que les envolvía eran gritos de horror, aullidos y gruñidos. No podía pensar, aquel ruido le saturaba la cabeza.

A unos metros vio un barril, fue hasta allí con el niño aún agarrado a la pierna. Miró al interior: estaba lleno de agua hasta la mitad. Cogió al niño que seguía aferrado a su pierna, no quería soltarse y Bullsí tuvo que tirar con fuerza para que lo hiciera. Mientras el niño seguía gritando, el joven héroe le intentaba decir que se metiera en el barril y no se moviera de allí. Le aseguró que era imposible que le encontraran pero que no podía hacer ningún ruido. El niño continuó lloriqueando y suplicando para que no le abandonara a la vez que Bullsí le empujaba con fuerza hacia el interior del barril. Cuando lo consiguió, le repitió que no hiciera ningún ruido.

—¡Volveré a por ti, te lo prometo!

Se marchó de allí diciéndose a sí mismo que odiaba hacer promesas que quizá no pudiera cumplir.

Bullsí seguía buscando a la gran bestia cuando se dio cuenta de una cosa. La noche se les estaba echando encima. Su nerviosismo aumentó y volvió a desear salir corriendo de allí. Pero una vez más volvió a decirse: «Se supone que soy un héroe, no pienso huir». Sin dejar que sus pensamientos le nublaran la mente, continuó la búsqueda.

Un aullido le dio el aviso. Bullsí miró hacia arriba. Allí a lo lejos estaba el gran lobo negro subido en una piedra y aullando al atardecer. Incluso desde su posición podía ver el leve resplandor rojizo en sus ojos. La bestia bajó de la piedra y se internó en el bosque. El joven héroe no se lo pensó dos veces: tenía que luchar con él antes de que se transformara.

Corrió y corrió todo lo que pudo, pero parecía que la noche tenía prisa en llegar y el animal le había tomado ventaja. No llegó a tiempo. Se lo encontró en plena transformación. En un pequeño claro la bestia se revolvía por el suelo retorciéndose mientras gruñía y gemía de dolor. Bullsí pensó que si conseguía darle una estocada mortal en esa forma tan vulnerable probablemente podría acabar con él o por lo menos herirle de gravedad.

Las patas delanteras se estaban convirtiendo en fuertes brazos en el momento en el que Bullsí iba directo como una flecha. Levantó el arma y dirigió su espada a la cabeza del monstruo. Pero este reaccionó a tiempo y soltó un zarpazo al aire para esquivarle.

El guerrero estuvo ágil, se apartó y lanzó una estocada rajándole una pata por encima de la

rodilla. La bestia gritó de tal manera que parecía humano. Pero ya no había tiempo para más ataques por sorpresa, el monstruo se había transformado y miraba al guerrero con los ojos encendidos. Brillaban con mucha intensidad. Bullsí pensó que quizá no saldría de esa y se puso en guardia.

«Moriré en la batalla como un verdadero héroe». Se dijo a sí mismo para consolarse. Se preparó para luchar.

De repente, aquellos ojos brillantes cesaron y dieron paso a unos azules, que a Bullsí le dieron la sensación de que eran más... humanos.

—¡Ayúdame! —fueron las palabras que salieron de las fauces del monstruo. Era una voz gutural y profunda que se metió por sus oídos y le retumbó el cerebro—. Rápido, destruye la estatu...AHHHHH —su propio grito de dolor interrumpió al monstruo. Se llevó las zarpas a la cabeza y cayó de rodillas mientras seguía gritando—. No pued...mas...

Aquellos ojos se volvieron a encender con el resplandor rojizo y la bestia salió corriendo hacia la aldea.

«¡Mierda! —pensó Bullsí—. ¿Qué ha pasado? —una idea surgió en su cabeza y lo dejó sin reaccionar por un momento—. ¿Y si me estoy equivocando...? ¡Mierda! ¿Qué hago? ¿Destruyo primero la estatua o voy a la aldea para detener al monstruo y evitar más carnicería? —sabía que tenía que destruir las dos cosas, pero no había pensado en qué orden. No imaginó que fuera algo importante, pero con lo que acababa de suceder las dudas inundaban su mente—. ¿Podría ser una trampa? ¿Hago caso a la bestia o al plan que habíamos pensado? —realmente no sabía cuál era el más fiable—. ¡Mierda, mierda! —el joven héroe odiaba tener que tomar este tipo de elecciones. Tras pensar unos segundos, decidió seguir al monstruo—. No tiene sentido destruir la estatua si no quedan personas a las que salvar». Fue su conclusión.

Cuando llegó todavía continuaba la batalla. En ese instante la bestia estaba arrancando la cabeza a un aldeano que intentó inútilmente plantarle frente. Bullsí fue a por él directamente, aún seguía siendo aquel monstruo con la mirada encendida y no era momento de dudar. Al ver el ataque del guerrero, la bestia le lanzó el cuerpo del campesino. El joven aventurero lo esquivó por los pelos, pero tras el cuerpo llegó un zarpazo en todo el costado. Si no hubiera sido por la armadura ligera, le hubiera arrancado medio cuerpo. Aún así, consiguió abollar el metal tanto que se le clavaba en un costado, molestándole en cada movimiento. Tenía que actuar rápido. Se alejó unos pocos pasos para tomar una distancia prudencial.

Fue a coger su daga para lanzársela, pero no estaba en su sitio. No se la había guardado cuando la usó anteriormente y estaba muy cerca para utilizar el arco. Tenía que luchar cuerpo a cuerpo, no había otra manera. La bestia volvió a la carga una vez más. Sus zarpazos eran rápidos y contundentes, Bullsí apenas podía esquivarlos con la espada.

El joven aventurero rodó sobre sí mismo y arremetió otro corte en la misma pata de antes. Esta vez la herida fue más profunda, pero no bastó para inmovilizarle. Lo único que consiguió fue enfurecerlo aún más.

El monstruo cogió un barril y se lo lanzó a Bullsí. Por un momento pensó que ese era el barril donde había dejado al chiquillo. Falló el tiro y el barril se partió en mil pedazos mientras a Bullsí se le caía el alma a los pies. Pero solo había agua dentro.

Esos segundos de desconcentración le salieron caros al joven guerrero. La bestia se acercó y le cogió por el cuello. Iba a decapitarle como al campesino.

—¡Suéltale! —dijo una vocecilla familiar a sus pies. El niño tenía en la mano la daga de Bullsí y venía a la carrera directo al monstruo. Pegó un saltito y se la clavó en el abdomen. El monstruo soltó a Bullsí, ambos cayeron de rodillas a la vez, pero el aventurero reaccionó antes. Agarró su espada y se la clavó en el cuerpo con todas sus fuerzas. Apuntó al corazón pero le dio entre el pecho y el estómago. Aunque no fue un golpe mortal, debió darle en algún órgano vital porque sus ojos volvieron a apagarse y todo paró.

Los lobos se detuvieron al unísono. Miraban a todas partes un poco desorientados. Algunos sacudieron la cabeza y otros se lamían sus heridas. Pero ninguno estaba atacando a nadie.

Fueron unos segundos donde el silencio reinó. Los lobos empezaron a dispersarse por todos lados y huyeron del poblado. El monstruo escupía sangre negra por la boca mientras se apoyaba con sus brazos en el suelo. Los supervivientes miraban pasmados aquel espectáculo. La bestia cogió la espada por la empuñadura y se la sacó. El grito que soltó provocó escalofríos a todo el mundo. La tiró al suelo y salió huyendo de allí cojeando de una pierna y desangrándose a chorros por la herida en el cuerpo.

—¡A por él, que no escape! —saltó entre la muchedumbre el Venerable Anciano.

Empezó a ir tras la bestia con una lanza en la mano. Unos pocos se unieron al líder de la aldea en su carrera.

El niño que salvó a Bullsí también empezó a correr. Pero este le cogió por los hombros.

—Tú te quedas aquí —le dijo firmemente.

—¡Yo quiero ir! ¡Quiero matar al monstruo! —refunfuñaba el pequeño, mientras se intentaba soltar de los brazos del guerrero.

—Es peligroso.

—¡Yo quiero ir!

—¡No puedes! —gritó Bullsí.

—¡Yo quiero ir!

Bullsí no tenía tiempo que perder, pero no quería que el niño le siguiera. Se agachó y le cogió de la cara para que le mirara atentamente a la cara.

—Tienes que quedarte aquí por si vuelve la bestia. —Le entregó la daga—. Toma, ya he visto que sabes usarla, te dejo a cargo de la protección de la aldea.

Al pequeño le convenció aquel cargo que le concedió Bullsí y se calmó por un momento. Se puso mu y serio.

—Vale —le dijo el niño secamente y directo a los ojos.

El joven héroe suspiró de alivio y se largó de allí corriendo hacia el bosque.

No era muy difícil seguir aquel rastro, había mucha sangre negra de la criatura y las pisadas de todos ellos iban en una sola dirección: la cueva.

Bullsí corría a toda velocidad para ganarles terreno. No entendía muy bien qué había pasado. Aquella bestia le había hablado y le había pedido ayuda. Pero luego volvieron a brillar esos ojos. ¿Qué estaba pasando en realidad? ¿Era el espíritu quien le había hablado o era...? La sospecha que le había surgido momentos antes volvió a su mente y deseó con todas sus fuerzas que no fuera verdad. Aceleró el paso todo lo que pudo.

Llegó instantes después que la turba de gente. A unos metros de la entrada de la madriguera, el anciano y cinco hombres más tenían rodeada a la bestia moribunda. Ninguno de ellos estaban en buenas condiciones, todos tenían varias heridas que continuaban sangrando.

La criatura estaba en las últimas, pero aún podía defenderse. Se encontraba de rodillas rodeado por los seis hombres. Sus armas eran palos, un rastrillo y dos lanzas, pero ninguno se atrevía a usarlas contra la bestia. Solo le tenían rodeado y le apuntaban. En el momento en el que llegó Bullsí, la bestia le miró, intentó revolverse y lanzó unos zarpazos a la vez que le gritaba.

—¡Destru... la estatua! —gritó la bestia mientras escupía sangre por la boca. De repente se retorció como si le hubieran dado un golpe desde el interior. La lucha aún continuaba entre las dos mentes y podría vencer cualquiera—. ¡Aún... sig... aquí! —dijo entrecortado la criatura.

Tanto el anciano como los aldeanos se quedaron atónitos. Nunca habían oído hablar a la bestia. Pero el Venerable Anciano no iba a escuchar a la criatura que había matado a tantos de los suyos. Se dirigió hacia el joven aventurero.

—Esta moribundo, acabe ya con esto Bullsí. —Le ordenó al anciano.

—¿No ha oído lo que ha dicho? —Bullsí no podía creerse que no el anciano actuara como si no hubiera oído nada.

—Me da igual que la bestia pueda hablar. ¡Mátela! —El Venerable Anciano solo escuchaba a su sed de venganza. Quería ejecutar cuanto antes al ser monstruoso que había aterrado a su pueblo todo este tiempo.

Bullsí tenía una gran duda en su interior. Si estaba en lo cierto, les estaba intentando ayudar. Pero allí era el único que lo pensaba, los demás querían terminar de inmediato con la vida de la bestia.

—Voy a destruir primero al ídolo antes que la bestia —dijo con voz débil el joven aventurero.

—¡¡¡Bullsí!!! —Gritó el anciano perdiendo los estribos—. No voy a fiarme de lo que ha dicho este monstruo. ¡Quiere engañarnos! Mátele primero y luego haga lo que quiera con la estatua.

El Venerable Anciano estaba muy cerca de conseguir acabar con aquella bestia y para él lo más práctico era terminar con la vida de la criatura y luego preocuparse de una estatua. A pesar de las explicaciones del bibliotecario, no confiaba en toda esa historia de transferencia de mentes. Él solo creía en lo que podía ver y ahora mismo veía al monstruo que les había estado atormentando durante meses y que por fin tenía oportunidad de acabar con su vida.

Sentía mucho odio en su interior, pero ese sentimiento no le daba las agallas suficientes para hacerlo con sus propias manos. Él estaba acostumbrado a mandar, no a hacer las cosas por sí mismo. Sus compañeros se encontraban en una situación similar. Querían vengar a su gente pero, una vez que se pasó la excitación de ir a por la bestia, el miedo les dominaba totalmente. Ninguno se atrevía a atacar al monstruo, incluso moribundo tenía una apariencia muy peligrosa. El brote de valentía había llegado a su fin. Casi todos estaban a punto de salir corriendo de allí si la situación duraba más tiempo. Querían que Bullsí hiciera ese trabajo, él había sido la espada que habían contratado para acabar con la bestia.

El joven héroe estaba intentando controlar la situación pero le resultaba muy complicado. ¿Cuál era el orden correcto? Con la información que tenía no estaba nada seguro. Pero si el espíritu aún no se había transferido del todo como parecía, creyó más sensato destruir primero la fuente. Además de que quería comprobar sus sospechas.

—Vigílelo, voy a destruir el ídolo primero —dijo y entró rápidamente en la cueva antes de que el anciano pudiera reprenderle. La bestia pareció relajarse, le quedaba muy poco de vida.

El joven aventurero recorrió la distancia que había entre la entrada y el ídolo. No había nadie más en el lugar, salvo la estatua. Allí estaba, dónde había permanecido durante siglos, con el leve

resplandor rojizo en los ojos. Sacó la pócima explosiva y, sin más dilación, la arrojó contra la figura destruyéndola en miles de pedazos. En un instante no quedó ni un rastro reconocible de lo que había sido aquel montón de piedra.

—¡¡¡Bullsi!!! —gritó el anciano desde el exterior—. ¡Idiota tenía que haberme hecho caso!

La cueva empezó a temblar y a desprenderse las rocas del techo. El guerrero no perdió ni un segundo y salió corriendo esquivando los pedruscos que caían sobre él. Llegó a la salida a tiempo de ver lo que presenciaban el anciano y los aldeanos.

—¡Se está volviendo a transformar! ¡Todo esto es por su culpa!— Le gritaba con toda su ira el Venerable Anciano.

Todos los presentes, incluido Bullsi, se asustaron. La criatura volvía a retorcerse y su cuerpo empezó a cambiar. El joven aventurero pensó por un momento que quizá se habría equivocado y al destruir la estatua le había dado más poder a la bestia. A pesar de lo que les había contado el bibliotecario, aún había numerosas incógnitas sobre lo que podría ocurrir a continuación. Los aldeanos y el anciano dieron unos pasos atrás. Uno de los hombres no pudo soportar más el miedo y salió corriendo de allí.

La metamorfosis siguió su curso. Todas las partes de la criatura estaban cambiando. El cuerpo de la bestia empezó a encogerse y tanto las garras como las patas comenzaron a desaparecer y transformarse en algo muy diferente.

Todos ellos miraban el proceso sin apartar la vista. Lo que vieron a continuación, confirmó las sospechas de Bullsi. Aquella criatura no se estaba convirtiendo en un lobo de nuevo, sino... en un hombre.

La sangre cubría la mayor parte de su cuerpo, pero había dejado de ser negra. Ahora tenía un color rojo oscuro, como la de cualquier persona. Aquellas heridas eran muy graves para la bestia, pero para un ser humano eran mortales. La persona que apareció ante ellos era un hombre de edad muy avanzada. Se encontraba totalmente desnudo y su rostro anunciaba que la vida se le estaba escapando por momentos. El joven aventurero pensó que quizá habría alguna posibilidad de ayudarlo si actuaban ya mismo.

El silencio se adueñó de la situación. Bullsi miró al anciano. En el poco tiempo que le había conocido nunca le había visto con esa expresión de terror. Aquel viejo rostro impenetrable e inexpresivo por fin mostraba algún sentimiento. El joven guerrero observó que miraba al hombre agonizante con sorpresa y miedo.

—Pe... ¡Petrio! —dijo finalmente el Venerable Anciano.

Los otros hombres miraban al moribundo asustados, también parecían conocerle. El hombre llamado Petrio miró al anciano mientras le tendía una mano.

—Claus... lo siento...ncontré... la cuev... por accidente...se... apoderó de mí... —no pudo continuar hablando, le vino un ataque de tos seca a la vez que escupía sangre roja. Estaba de rodillas apoyándose a duras penas con los brazos.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Bullsi.

El Venerable Anciano no contestó, solo miraba al hombre que había a sus pies. De repente, su cara volvió a su habitual expresión tan dura.

—Tiene el aspecto de mi hermano. —Dijo muy seco—. Pero mi hermano murió por la bestia hace meses.

Para Bullsi todo empezó a encajar.

—Estaba equivocado, el espíritu no había poseído a un lobo. Se metió en el cuerpo de un humano —dijo Bullsi con alegría por haber resuelto el enigma. Definitivamente iba a ser un héroe, había conseguido eliminar al espíritu y salvar la vida al hermano del Venerable Anciano.

—Bullsi a que espera para matarle. —Ordenó tajante el Venerable Anciano.

El joven aventurero no podía creerse lo que oía.

—¿Es que no me ha escuchado? Este hombre es su hermano. El espíritu había poseído su cuerpo, pero al destruir la estatua el espíritu se ha quedado encerrado en su mundo —le dijo esperando que entrara en razón.

—Yo solo veo “algo” que tiene el aspecto de mi hermano. Hemos visto al espíritu transformarse. Solo intenta engañarnos. No sea estúpido Bullsi y acabe con él. —Volvía a comportarse como el de siempre. Tras la sorpresa inicial, su cordura y pragmatismo había vuelto a su mente. El espíritu les había torturado durante mucho tiempo y no iba a dejar que pudiera engañarle con trucos sentimentales. Para él, su hermano hacía tiempo que había muerto.

Para Bullsi, el anciano estaba cegado por el odio y los dolorosos recuerdos. Aún así, intentó convencerle.

—¿No lo entiende? Su hermano fue poseído por el espíritu, pero creo que no consiguió transferirse del todo. Está muy grave pero aún podemos salvarle —Bullsi se acercó al moribundo pero una lanza se interpuso en su camino. Era el anciano el que le cortaba el paso.

—Mi hermano era alguien muy fuerte, no se hubiera dejado poseer por la bestia. O se habría suicidado antes de hacer daño a su gente, despierte Bullsi, no es mi hermano. —El anciano no estaba dispuesto a dudar después de todo ese tiempo.

—¡Recuerde lo que nos dijo el bibliotecario! Al destruir la estatua probablemente la esencia que hubiese en este mundo habrá desaparecido —Bullsi buscaba en su mente un motivo para que el anciano entrara en razón.

—Exactamente, probablemente. También existe la posibilidad de que no haya desaparecido. Entonces, podría usarle como un nuevo portal para regresar. No voy a poner en peligro a mi gente llevando a esta criatura al poblado. Podría volver a convertirse y atacarnos. —Dijo con todo su odio saliendo por la boca.

—Lo si... sient... hermano...era... más... fuerte que yo... —suplicaba el hombre que había en el suelo.

El anciano miró por un momento al moribundo. Bullsi casi pudo apreciar un momento de cambio en su expresión, pero rápidamente volvió a su estado habitual.

—Usted mismo lo dijo Bullsi. «Hay que destruir la estatua y a la bestia para estar seguros». —Dijo finalmente.

«Sí, esas fueron mis palabras». Recordó el joven héroe. Pero no sabía decidirse. ¿Qué podía hacer? No tenía ninguna prueba concluyente que confirmara su teoría. Esa persona podría ser el espíritu que había tomado ese aspecto para engañarles. También podría ser realmente el hermano del anciano, pero no había forma de comprobar si su cuerpo estaba limpio o aún albergaba parte de la esencia del espíritu.

«¿He liberado a este hombre de su maldición para ahora ejecutarlo?». Pensaba Bullsi mientras miraba al moribundo. Veía demasiadas soluciones y ninguna le parecía mejor que otra.

Por un lado pensaba que lo que decía el Venerable Anciano era cierto. Solo había una manera de estar seguros y de que la aldea estuviera a salvo del espíritu para siempre: Destruyendo al

ídolo y a la bestia. Aún así, le costaba tomar esa decisión porque no tenía delante a una bestia, sino a un viejo anciano expirando su último aliento. Un anciano que probablemente había vivido una pesadilla igual que los aldeanos y que llevaba meses intentando terminar con este tormento.

Por otro lado, si mataba a ese hombre ya mismo, se convertiría en un héroe para la aldea y obtendría la fama y gloria que tanto estaba deseando.

Pero también estaba casi seguro de que no se había completado la transferencia. Bullsí sospechaba que algo raro pasaba dentro de la cabeza del monstruo. Momentos antes, cuando le habló en su encuentro a las afueras del poblado, sintió que la bestia le había dado una pista. Aunque eso fuera cierto, no tenía manera de comprobar si Petrio estaba totalmente libre del espíritu.

¿Qué debía hacer? No le dejarían llevarse el cuerpo al pueblo para curarle y la ciudad más cercana era Turis, a un día y medio de camino, era muy poco probable que llegara con vida. Además, tampoco le dejarían cogerlo. Seguramente tendría que pelear contra el Venerable Anciano y sus compañeros, personas a las que había jurado salvar y proteger. Su reputación quedaría por los suelos.

Bullsí tenía mucho que jugarse. Si apostaba por socorrer a Petrio y se equivocaba, podría volver a convertirse en la bestia cuando se recuperase y atacar de nuevo. En ese caso, sería recordado como aquel que pudo haber salvado muchas vidas y fue engañado por el espíritu. Si eso ocurría, tendría muchas vidas inocentes sobre su conciencia. En cambio si mataba a Petrio, solo tendría a una.

También existía la posibilidad de que aquel moribundo estuviera libre y pudiera salvarle. Sería imposible que volviera a su aldea pero viviría. Aún así, nunca estaría seguro de si el espíritu continuaría en su cuerpo esperando una oportunidad. En ese caso, seguiría siendo recordado como un traidor hacia el poblado por no haber cumplido con la misión. Nadie pensaría que fue un héroe, sino alguien que ayudó a escapar a la bestia.

Su instinto le decía que Petrio seguramente estaba libre del espíritu de Lumnimus y que no había sido más que una víctima inocente. Pero optar por ese camino era muy arriesgado. Si se equivocaba, muchas personas morirían en el futuro. Si le mataba ahora, se aseguraba de que nunca más pudiera volver el espíritu a ese mundo. Optando por perdonarle la vida, su reputación caería por los suelos tuviera razón o no. Sin embargo, si acababa con él en ese momento, sería recordado como el héroe que siempre había querido ser.

Tenía una gran decisión en sus manos y no sabía qué hacer. Siempre pensó que como héroe que era, sabría qué hacer en todo momento. Lo veía muy fácil, él representaba al bien y tenía que eliminar el mal. Pero ahora que se encontraba en una situación real no estaba siendo tan sencillo como se lo había imaginado.

Una punzada de conciencia apareció en su nuca. Quiso pensar como el Venerable Anciano. Se dijo que realmente aquel espíritu aún seguía en el cuerpo de ese hombre y solo estaba intentando sobrevivir para recuperar fuerzas. Intentó recordar que su misión era proteger a ese poblado. Eso era lo que todos esperaban de él. Debía asegurarles que estaban por fin a salvo del espíritu y solo había una manera de conseguirlo.

El hombre moribundo lo miraba desde el suelo pidiendo misericordia. Levantó su débil brazo hacia Bullsí mientras intentaba hablar.

—Por favor...

El corte fue rápido y limpio. La cabeza de Petrio se separó del cuerpo y cayó rodando hasta una corta distancia.

«Misión cumplida, Bulls!» Se dijo a sí mismo el joven.

Lo hizo sin mirar, pensando que su cuerpo se tranquilizaría una vez hecho. El Venerable Anciano le miró complacido y los otros hombres al fin se relajaron.

—Ha hecho lo correcto, por fin la pesadilla ha terminado y nos ha salvado. La aldea seguirá aquí y continuará creciendo. No lo olvidaremos nunca. —Se dirigió a sus hombres—. Volvamos al pueblo, tenemos mucho que hacer.

Se marcharon de allí todos menos Bulls. Él se quedó mirando el cuerpo que había a sus pies. Deseó que aquel cuerpo cobrara vida de repente. Deseó que aquella cabeza sin cuerpo le hablara y aquel monstruo volviera de entre los muertos para intentar dar su último golpe antes de que el héroe, definitivamente, acabara con su vida. Deseó que ocurriera como en las historias y leyendas que había estado oyendo desde niño. Deseó con todas sus fuerzas que algo de eso ocurriera. Quería saber con certeza que había hecho lo correcto y había matado a un monstruo y no a un hombre inocente que estaba al borde de la muerte. Anheló que ocurriera algo así para poder callar a su corazón y a su conciencia.

Esta no paraba de gritarle desde su interior. Le decía que tenía que haberse enfrentado a esa gente y haber hecho lo que consideraba mejor. ¿Había sido realmente un héroe? ¿O un asesino? ¿Tan deseoso estaba de fama y gloria que había decidido coger la salida fácil, en lugar de intentar descubrir si Petrio estaba libre del espíritu? Se sentía mal consigo mismo. La punzada en su nuca era más fuerte que nunca. ¿Podría vivir con ella? Quiso pensar que sí.

Al amanecer volvió al poblado. Allí todos estaban trabajando para recoger los cuerpos y enterrarlos. Al verle, la gente fue hacia él gritando y alabándole. Le llamaban héroe y le daban las gracias por haberles salvado la vida. Pero él no se sentía ningún héroe.

Un hombre, de los que había estado con él horas antes frente a la cueva, se le acercó y le estrechó la mano.

—¡Gracias Bulls! la bestia mató a mucha gente que conocía pero, gracias a ti, ya no volverá a pasar. Gracias.

La gente gritaba por todas partes.

—¡Viva, Bulls!, ¡Gracias, Bulls!, ¡Nos has salvado, Bulls!

## VII

EL anciano cumplió su palabra. En cuanto terminaron de enterrar a todos los caídos, hicieron una gran fiesta en la que Bullsi fue el protagonista. Le llamaron *Bullsi, el liberador*. Se había quedado allí esos días para ayudar a los habitantes. Echó una mano con las sepulturas y tomó parte en las obras para reconstruir los destrozos que habían provocado los lobos. Podía haberse ido antes, pero lo hizo porque aún tenía ese peso en su pecho y ese dolor agudo que le taladraba la nuca. Pensó que si veía a las víctimas y seguía colaborando con los aldeanos, la pesadumbre que sentía se le pasaría. Creyó que así se convencería de que realmente había hecho lo correcto y era la mejor opción. Pero, a pesar de ver todo eso, no podía quitarse de la cabeza que quizá había matado a un inocente.

En ese tiempo que estuvo en el poblado su nombre ya había empezado a oírse por toda la región. El Venerable Anciano había mandado mensajes a las ciudades vecinas, en los que anunciaba que el peligro había pasado y que todo había sido gracias al héroe Bullsi.

Fue una fiesta muy extraña, la gente tenía una mezcla de dolor y alegría. Pero Bullsi se fijó en que era cierto que esas personas habían aprendido que la vida es algo que puede desaparecer cualquier día y que solo miraban hacia el futuro. Hubo una ceremonia en memoria de los caídos. En especial se recordó al otro líder de la aldea, Petrio, el hermano del Venerable Anciano.

Las palabras del Venerable Anciano hablaban de que Petrio fue una gran pérdida. Lamentó que hubiera sido una de las primeras víctimas de aquel espíritu. Pero que su recuerdo, al igual que el de sus hermanos y hermanas caídos, estaría presente en la historia del pueblo. Levantaron un altar conmemorativo en el centro de la aldea.

En ningún momento habló de lo que había pasado en la entrada de la cueva y que su hermano había sido poseído por el espíritu. Toda esa parte se la saltaron. La versión que contó fue que el espíritu de Lumnimus había poseído a un lobo y que por las noches, cuando era más poderoso, este se convertía en aquella forma monstruosa. También alabó una y otra vez la valentía de Bullsi y de cómo se había enfrentado a ese peligro él solo. Después del discurso, llegó el momento de la fiesta y las canciones, cuyos temas principales fueron la gran gesta que había realizado *Bullsi el liberador*.

El joven héroe se alejó de toda la algarabía con una jarra de cerveza y se sentó apoyado en una roca. Desde allí miraba todo ese espectáculo. Observó el poblado una vez más. Pero en lugar de encontrarse a los curtidores en plena faena se encontró a varias mujeres confeccionando un telar. Esa pieza iba a representar su aventura. Ya estaba bastante avanzado, lo suficiente para ver

que la imagen que se iba a reproducir era la de él cortándole la cabeza a una bestia. Él tenía un recuerdo muy diferente de ese momento. Al mirar la imagen recordaba a un hombre anciano y moribundo pidiendo clemencia y él siendo su verdugo. Pero dedujo que a todas estas personas no les importaba mucho esa versión.

A paso lento y ayudado por su bastón se acercó el bibliotecario. Pidió permiso a Bullsí para sentarse a su lado y tomarse una jarra de cerveza con él. El joven aventurero le hizo sitio y le ayudó a apoyarse en la piedra.

—No le veo muy feliz, joven héroe —dijo el bibliotecario una vez que se había sentado y acomodado.

—No estoy seguro que deba estar feliz —dijo Bullsí con voz apagada.

—El Venerable Anciano me ha contado lo que ha pasado en la cueva —le miró con paternalismo.

—¿Qué opina? —quiso saber Bullsí.

—No importa lo que yo opine. Mire a toda esta gente lo felices que son —dijo con total serenidad.

Desde allí podía verse como bailaban y danzaban al ritmo de la música. Todos se habían puesto sus mejores ropas y se habían acicalado para la ocasión. En ese momento, el joven Roan, ya bastante recuperado de sus heridas, invitaba a una jovencita a que bailara con él. Viéndole así era difícil imaginar que varios días antes había estado luchando por su vida contra una manada de lobos.

—La muerte de uno para la paz y bienestar de muchos. ¿Es eso lo que me quiere decir?

—Yo no quiero decirle nada, señor Bullsí. Solo le muestro lo que he conseguido con sus actos.

—¿Y si nos equivocamos al pensar que había que acabar con todo? ¿Y si con la destrucción de la estatua el espíritu abandonó totalmente el cuerpo de Petrio? —dijo Bullsí angustiado. Necesitaba oír una respuesta.

—Déjeme decirle algo, señor Bullsí, no había manera de saberlo. Imagine por un momento que hubiera traído a Petrio al poblado para curarle. ¿Cree que la gente le hubiera aceptado? No. Solo hubiera existido desconfianza. La paz no hubiera regresado por miedo a que el espíritu aún siguiera dentro de ese hombre, una persona a la que hemos respetado durante años. La gente estaría temiendo que un día se transformara y no habrían tenido en cuenta todo lo que hizo antaño por nosotros. Nadie le trataría igual ni permitirían que fuera de nuevo nuestro líder. O incluso peor, podría ocurrir que el pueblo se dividiera entre los que le creyeran y los que no. Tal vez no pasase nada nunca, pero nadie lo olvidaría ni estaría tranquilo. El Venerable Anciano tomó la decisión por el bien del pueblo y por la de su hermano. Para nosotros Petrio murió hace meses y fue alguien de quien nos orgullecemos y así seguirá siempre. Además, conocía a Petrio desde hacía décadas y estoy seguro de que optaría por dar su vida si con ello su pueblo conseguía la paz. No se torture mucho señor Bullsí, todo el mundo está contento. Nosotros hemos conseguido dejar de temer el día de mañana, nos hemos asegurado de que el espíritu no volverá y usted tiene ese prestigio que tanto buscaba. —Tomó un largo trago de cerveza y se quedó en silencio por un momento—. Vaya y disfrute de la fiesta, se la ha ganado.

—Petrio me ayudó. Me dijo que destruyera la estatua primero. Si lo hubiera hecho al revés, tal vez las consecuencias hubieran sido peores. Esta gente nunca sabrá que luchó hasta el final para

salvarles. —Dijo con cierto enfado.

—Puede, pero le recordaran por todo lo anterior que hizo por ellos. Es lo que necesitan recordar. No hay necesidad de manchar su nombre. Sea algo bueno o malo, la gente solo recuerda lo último que hace uno. Petrio fue su héroe hace años, cuando les salvó la vida y les trajo hasta esta tierra. Ahora es el momento de usted Bullsí. Sin su ayuda aún seguiríamos igual. Hágame caso, he sido bibliotecario durante muchos años y la gente no quiere saber la verdad. Las personas quieren conocer grandes historias de grandes héroes y pensar que son ciertas.

Bullsí sintió un escalofrío al oír las palabras que tantas veces él se había dicho.

«La gente no quiere oír la verdad, sino historias sobre grandes batallas y valientes héroes». Repitió para sus adentros el joven héroe.

Se levantó de allí y se dirigió hacia el grueso de la fiesta. Se perdió entre el bullicio de gente. Pero no se quedó parado en ningún sitio, sino que continuó andando. Se marchó hacia su tienda que estaba alejada del gentío. Durante mucho tiempo él había pensado de esa manera. Siempre había “dramatizado” sus historias porque quería enganchar al público que le escuchaba. Ahora tenía una historia suya en la que tenía que ocultar detalles porque la verdad era demasiado complicada para contarla. Había conseguido que la gente le llamara héroe y tenía una gran historia para demostrarlo, pero Bullsí no tenía ninguna gana de ver a nadie y mucho menos contarle esa historia.

Cogió la silla de montar y se dejó el resto de su equipo en el suelo, incluyendo a *Demoledora*. Preparó a su caballo y se alejó de allí al galope en la oscuridad de la noche.

Intentó alejarse de todo ello pero la maquinaria ya estaba en marcha. Su nombre y sus hazañas se oían en toda la región. A cualquier persona que pasara por el pueblo se le contaba lo que había pasado en los últimos meses. El nombre de Bullsí estaba en boca de todo el mundo y los niños jugaban a ser él matando monstruos y salvando a gente indefensa.

Nadie más volvió a saber de él. Nunca más se supo que pasó con aquel joven que salvó aquella aldea de una terrible pesadilla. Con el tiempo, la gente empezó a pensar que se lo habían inventado y que realmente Bullsí no existía. Decían que no era más que una leyenda. Pero eso provocó que su historia se expandiera aún más. Cada año más gente viajaba al pueblo. Querían ver los telares en los que se contaban la historia de Bullsí. El héroe que llegó cuando más lo necesitaban y que luchó contra la bestia poseída por el espíritu de Lumnimus.

Si alguien tiene dudas sobre si este joven héroe existió, debería viajar a la ciudad de Nueva Bolea. Cualquier persona podrá contarle mil y una historias que pasaron mientras estuvo allí. Pero si eso no es suficiente, puede ir al centro del pueblo. Allí, además del altar conmemorativo a los caídos, hay un telar. Bajo este telar hay una espada llamada *Demoledora*, que se dice que perteneció a este joven.

En ese telar se muestra el momento cumbre del héroe. La obra representa a Bullsí derrotando a la bestia, justo cuando le está cortando la cabeza de un solo golpe, liberando a los aldeanos de su pesadilla. Allí, en el centro de la actual ciudad de Nueva Bolea, sigue el telar en perfecto estado. Después de décadas y décadas continúa inmortalizando la hazaña por la que *Bullsí, el Liberador* sigue y seguirá siendo recordado por los siglos de los siglos.